

No podrás escapar de...

LOS
DE
ARTISTAS
HUESOS

UNA NOVELA EN EL MUNDO ASYLUM

MADELEINE ROUX



En Los artistas de huesos, Madeleine Roux nos introduce quiénes serán los personajes claves en el capítulo final de la serie, Catacomb. Como siempre, la autora nos sumerge en escenas oscuras, cargadas de misterio y nos deja muchos interrogantes que se resolverán en el tomo final de la serie.



Madeleine Roux

Los artistas de huesos

Asylum-2.5

ePub r1.0

Titivillus 22.07.2017

Título original: *The Bone Artists*

Madeleine Roux, 2015

Traducción: María Nazareth Ferreira Alves

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Ellos se dicen Artistas, Artistas de Huesos.

No debes nombrarlos, ya que su magia
te encontrará y tu espíritu nunca estará en paz.



La tarea principal del hombre en la vida es darse a luz a sí mismo,
convertirse en lo que potencialmente es.

ERICH FROMM, *Ética y psicoanálisis*.

Hay dos clases de calamidades:
Las desgracias propias y la buena suerte ajena.

AMBROSE BIERCE, *Diccionario del Diablo*.

Estas eran las reglas como se establecieron originalmente:

Primera: el Artista debe escoger un Objeto muypreciado para el difunto.

Segunda: el Artista no debe sentir culpa ni remordimiento por tomarlo.

Tercera, y más importante: el Objeto no debe tener poder hasta no ser bautizado con sangre; y cuanto más inocente sea la sangre utilizada, más poderoso será el resultado.

PRÓLOGO

Su amigo sonaba frenético del otro lado de la línea. Oliver solo lo había escuchado así de alterado una vez, cuando habían trepado una vieja y horrible cerca de alambre en Bywater, y Micah se había cortado la palma de la mano con la parte superior. Era evidente que iba a necesitar que le suturaran la herida: la nueva camiseta de los Santos de Nueva Orleans de Micah estaba empapada de sangre. Oliver también estaba manchado con la sangre de su amigo, pero, de algún modo, mantuvo la calma y logró que Micah pedaleara en su bicicleta de regreso por el vecindario, camino a casa. Entonces apareció la abuela del muchacho, fueron al hospital y todo se solucionó.

Oliver no estaba tan seguro de que una llamada telefónica o un hospital pudieran solucionar esto. Podía oír un chisporroteo y pequeños estallidos de fondo, su amigo apenas podía respirar y resollaba contra su celular.

—¿Ollie? Ollie, oh, rayos, lo siento tanto —dijo—. Lo siento, lo siento tanto, tanto...

Cuatro días antes.

Oliver se mojó la cara con agua helada e intentó alcanzar a ciegas la toalla de mano que sabía que estaría colgada a la derecha del espejo. No se molestó en afeitarse, ya que se estaba encariñando con la barba de candado hirsuta y descuidada que por fin había conseguido tener. Eh, a los diecisiete eso era una medalla de honor. No era tan abundante o *genial* como la de Micah, ni mucho menos, pero ese chico descendía de la gente del pantano y por las fotografías que Oliver había visto en su casa, hasta sus primos más jóvenes parecían tener enormes barbas peludas, desgredadas como nidos de pájaros, a los veinte años.

De todas formas no tenía tiempo de afeitarse. Debía recoger a su novia, Sabrina, y a Micah de la clase de karate o judo —o lo que fuera que estaban enseñando en el *dōjō* donde trabajaban.

Oliver se secó la cara y sonrió con satisfacción, mientras aplanaba con la mano el ralo bigote que cubría su labio superior, intentando esconder la cicatriz que deformaba sutilmente la piel de esa parte de su rostro. Esa cicatriz era el resultado de una costosa cirugía para corregir su paladar hendido a la que se había sometido cuando era un niño. Odiaba los hospitales. ¿De qué servía tener seguro médico si de todas formas podían cobrarte un dineral por cosas como una cirugía? ¡Y para un niño! Una locura.

Esa era una de las muchas razones por las que soñaba con marcharse a Canadá algún día. Las cosas eran diferentes allá. Oliver podía alejarse de la tienda familiar y hacer algo, tal vez abrir un taller. Reparar autos por el resto de su vida no estaría nada mal, en especial si Micah y Sabrina lo acompañaban. ¿Vancouver era linda? ¿Y Ottawa? Tendría que averiguarlo. También podían probar suerte en Montreal, aunque solo Micah hablaba un poco de francés y era el confuso francés criollo.

Pero Oliver se estaba adelantando. Tenía noticias. Grandes noticias. Debía contarles a Sabrina y Micah lo antes posible porque iba a estallar si seguía manteniéndolas en secreto. Se apresuró a salir del pequeño baño, evitando la vieja puerta que rechinaba y nunca cerraba bien. El huracán Katrina había hecho desastres en el edificio, dejando puertas, pisos y techos combados. Había que empujar con el hombro la mayoría de las puertas para cerrarlas, debido a que los marcos de madera estaban deformados. Al no tener dinero para hacer todas las reparaciones necesarias, la familia de Oliver solo se había ocupado de lo esencial: las goteras, las ventanas rotas en los saqueos, el moho, los muebles dañados por el agua...

Hizo una mueca de dolor al pensar en todos los pequeños arreglos que podría hacer si tuviera tiempo. O dinero, diablos. Pero eso iba a cambiar, decidió. No inmediatamente. No con el mínimo ingreso que obtenía por trabajar algunas horas en la tienda de antigüedades de su familia y con su «empleo de medio tiempo».

Así lo llamaba en su cabeza. Resultaba más fácil fingir que no era algo turbio, que no era *illegal*, si le ponía un apodo simpático y seguro.

Ese «empleo de medio tiempo» le llevaría la mayor parte de su noche de lunes, pero por el momento tenía noticias que dar y un desayuno que agarrar de pasada mientras salía. Las vacaciones de primavera eran un regalo del cielo; una excelente época turística, lo que significaba que su padre estaba ocupado con la tienda prácticamente todo el tiempo; las chucherías de época siempre tenían éxito entre los que visitaban Nueva Orleans y el flujo turístico parecía mejorar año a año. Los años de recuperación habían sido aterradores, pero ahora todo parecía haber vuelto prácticamente a la normalidad. Eso entusiasmaba a su padre y también a Oliver, ya que significaba que ahora podía trabajar cuantas horas quisiera y sentirse menos culpable de abandonar a su padre después.

Porque definitivamente iba a irse. La Universidad de Texas por fin había respondido a su solicitud. Haber dejado pasar la fecha límite para la decisión anticipada lo había estresado demasiado, pero ahora había recibido la respuesta y era: sí; Oliver podía asistir al curso de Ingeniería Mecánica de la universidad. Cielos, si las cosas salían como él quería, no solo se ganaría la vida reparando automóviles, sino que también los *diseñaría*. Austin estaba lo suficientemente cerca como para que Oliver pudiese regresar los feriados o por emergencias familiares y estaba lo suficientemente lejos como para escapar de la larga, larga sombra que proyectaba Berkley e Hijas.

El negocio familiar. Oliver podía oírlo claramente en funcionamiento desde su habitación. A los Berkley les gustaba que el trabajo estuviera cerca del hogar, por lo que sus apartamentos de la planta superior estaban a solo una puerta y veinticuatro escalones de la tienda.

Corrección: a Nick Berkley le gustaba mezclar trabajo y familia. A Oliver no lo apasionaba la tienda como a su padre.

—*Eso es lo mismo que le dije a tu abuelo* —murmuró Oliver entre dientes.

Su padre le había informado eso la última vez que habían tenido la misma conversación de siempre acerca del futuro de Oliver durante la cena. La charla siempre venía acompañada por un silencio nervioso. Los chirridos de los tenedores y los cuchillos contra los platos resultaban ensordecedores.

Oliver abrió el armario, tomó un abrigo de lona liviano, se lo puso y tocó los bolsillos para asegurarse de que la carta de admisión de la UT todavía estaba allí. Sentir el sobre en su bolsillo izquierdo lo hizo sonreír. Su padre todavía no lo sabía y, francamente, a Oliver no lo entusiasmaba esa confrontación. Pero al diablo con eso. Hoy era un día para sentirse bien. Eran las vacaciones de primavera.

El armario estaba empapelado con recortes de periódicos, hojas de revistas y pósters, algunos brillantes, otros descoloridos. Era como una línea de tiempo de su vida y sus intereses: anuncios descascarados de Lego, tapados por pósters de Catherine ZetaJones, tapados por dibujos cursis de dragones de fantasía, tapados por fotos de autos de gran cilindrada, tapados por banderines de los Santos de Nueva Orleans. Una pequeña y extraña cápsula del tiempo que contenía su sencillo guardarropa.

El pasillo que conducía desde su pequeño dormitorio tipo altillo hacia la cocina era angosto y oscuro. Quien había diseñado la distribución del apartamento no era muy inteligente: los corredores eran diminutos y estaban muy alejados de la luz natural.

Sobre la mesada de la cocina, los últimos dos plátanos que quedaban estaban a punto de ponerse feos, así que los tomó y se guardó uno en el bolsillo mientras pelaba el otro y sacaba una botella de agua del refrigerador.

El café llegaría pronto, pero no hasta que estuviera con Sabrina y Micah en la cafetería. Entonces, empujaría el papel blanco y reluciente a través de la mesa hacia ellos y podría finalmente relajarse y beber su café disfrutando de su felicidad compartida.

CAPÍTULO

2

Oliver no esperaba que ella lo llamara de camino a recoger a Sabrina. Condujo su adorado Challenger hacia el borde de la acera y se estacionó por seguridad; estaba demasiado nervioso como para hacer malabarismos con el celular, el plátano y el volante, todo al mismo tiempo. Menos aún cuando era ella quien lo llamaba, con esa voz que le susurraba en el oído.

—Oliver, querido, han pasado seis días. Eso es prácticamente una vida en mi profesión —dijo ella.

Inspirando profundamente, intentó que el runruneo del motor antiguo lo tranquilizara. Era solo un llamado telefónico. Al menos Briony la Arpía no estaba mortificándolo en persona. Por Dios, esa sí que era una perspectiva que lo aterrorizaba.

Lanzó el plátano a medio comer sobre el asiento del acompañante. El olor de la fruta demasiado madura le estaba dando náuseas.

—Hola, Briony —dijo con un tono cantarín, simulando entusiasmo—. Buenos días para ti también.

—¿Crees que necesito tu maldita insolencia? Te aseguro que no.

La primera vez que Oliver había visto a Briony Kerr, haciendo equilibrio sobre unos zapatos de tacón de aguja que parecían dagas, había cometido el error de pensar que era atractiva. Objetivamente lo era, pero la mujer de su jefe era muy angulosa, tenía el cabello rubio oxigenado con un corte recto y unos ojos de color gris glacial que lo observaban como láseres... Oliver se estremeció con el recuerdo más reciente. Un recuerdo de hacía seis días, de hecho.

Observó a los turistas que caminaban por la acera y dijo:

—Terminaremos esta noche. Tendrás lo que pediste mañana, ¿está bien?

Maldición. Mañana. Con las buenas noticias, había olvidado por un momento la tarea que él y Micah tenían que terminar esa noche para su «empleo de medio tiempo».

—Ya veo. Mañana entonces.

—¡Sí!

—Tienes suerte de que sea una mujer tan paciente.

¡Paciente! Qué sarta de...

—Tanta suerte —canturreó Oliver—. La mayor de las suertes.

—Bien. Puede prescindir de los comentarios sarcásticos, señor Berkley. Espero verlo mañana a las siete en el *encantador* establecimiento de su familia.

Oliver esperó hasta que Briony cortara para soltar un enorme suspiro. No sabía si era de alivio o de irritación. Arrojó su teléfono sobre el asiento del acompañante y se puso de nuevo en camino, lentamente y con cuidado debido a la gran cantidad de peatones que circulaban por allí y solían lanzarse de la acera a la calle. Mordisqueándose el borde del

pulgar, hizo todo lo posible para no pisar el acelerador y atropellar a unas cuantas personas. Quizás eso le habría mejorado el humor. Por otro lado, ya estaba jugando con fuego al trabajar para Briony, y lo último que necesitaba era que alguien se pusiera a mirar de cerca sus actividades extracurriculares.

Su teléfono comenzó a sonar y Oliver lo tomó de inmediato, manteniendo un codo cuidadosamente equilibrado sobre el volante. Era el tono de llamada de Sabrina.

No me digas que tienes que cancelar nuestros planes, pensó.

El mensaje de texto decía:

Terminamos antes. Nos encontramos en CC's.

A Oliver le convenía más así, ya que tener que cruzar toda la ciudad para recogerlos en el *dōjō* y regresar después a la cafetería era una molestia. Pero desde donde acababa de detenerse, no estaba lejos del café exclusivo para lugareños sobre la avenida Esplanade. Encontrar lugar para estacionar era una pesadilla, especialmente con un auto de gran cilindrada como el suyo, que no se adecuaba a los estándares de tamaño de las viejas calles angostas de Nueva Orleans. Para cuando empujó la puerta de la cafetería e inhaló el aroma amargo y estimulante del café recién molido, un auténtico nubarrón se cernía sobre su cabeza.

Tan temprano por la mañana y así de frustrado como estaba, sentía que podía entregarse a ese *aroma*.

Hizo girar el llavero en su dedo índice mientras esperaba en fila, sin enfocar la vista en nada en particular. Sabía lo que quería, pero su mente, con poco ánimo de ayudar, regresaba constantemente a sus inminentes obligaciones.

Desde el principio, Oliver había mantenido a Sabrina fuera del asunto. Ella sabía lo que él y Micah estaban haciendo, pero solo en un sentido muy limitado. Había sido Micah quien lo había contactado con esa gente en primer lugar, a través de un vínculo familiar con alguno de los viejos chiflados del pantano que eran parientes de su amigo. Al principio parecía una broma. ¿Desenterrar algunos viejos relojes de bolsillo mohosos por dinero extra? Claro, cuenten conmigo. Después de todo, no era tan diferente a lo que su propia familia hacía en la tienda de antigüedades.

Puso los ojos en blanco ante ese pensamiento. Está bien, eso era una exageración. Claro que había personas poco éticas en el mundo de las antigüedades, pero los Berkley no se manejaban de esa manera. No robaban, no estafaban y definitivamente no saqueaban tumbas.

Rayos, Oliver odiaba referirse a ello de esa manera.

Tenía que mantener a Sabrina al margen y esperar que mientras ella y Micah daban clases a los niños en el *dōjō*, Micah nunca divulgaría más de lo apropiado.

Estás saqueando tumbas para la Arpía, nada de esto es apropiado.

—¿Cómo estás?

Grace, la chica detrás del mostrador, prácticamente le perforó el tímpano con su saludo. Le sonrió, con los nudillos sobre el mostrador, contoneándose como si estuviera en la línea de largada de una carrera.

Nadie debería estar tan alegre a esta hora...

—Por lo visto, está de malhumor, Grace, así que será mejor que le sirvas un americano doble —Micah se había acercado a él sigilosamente y le dio una brusca palmada en la espalda. Oliver gritó y dio un salto, lanzando a Grace una sonrisa avergonzada. *Maldita destreza karate-jiu-jitsu-ninja.*

—Sí —coincidió Oliver—. Lo que él dijo.

—¿Lo de siempre para ustedes, amorcitos? —preguntó Grace, dedicándoles la misma sonrisa radiante a Micah y Sabrina.

Se habían cambiado la ropa con la que daban clases, pero aún se veían como si vinieran de hacer ejercicio. Micah llevaba una camiseta gris suelta y pantalones cortos de correr y Sabrina, una camiseta de *lycra* y pantalones deportivos.

—Eso sería estupendo —dijo Micah, poniendo en juego su encanto. Le devolvió la sonrisa a la muchacha, se apoyó sobre el mostrador junto a la caja registradora y le guiñó un ojo—. ¿Cuándo vas a salir conmigo, Grace? Simplemente no es justo.

—Ay, no seas tonto, deja de bromear —Grace puso los ojos en blanco, sacudiendo su abundante cabellera pelirroja con rizos, antes de pasar sus pedidos a otro barista—. ¿Estuvieron dando clases esta mañana? ¿No creen que esos niños con sus pequeños trajes blancos son absolutamente adorables? Te derriten el corazón.

—Deberías venir alguna vez. Ya sabes, a tomar una clase. Podría mostrarte...

—Me súper repugnas —murmuró Sabrina.

Esa era la señal para que Oliver llevara aparte a Sabrina, lejos de los intentos de conquista de Micah y de la fila que se estaba formando detrás de ellos. Los demás clientes ya se estaban quejando por la demora. La novia de Oliver era alta y estaba en forma, y tenía aroma a limpio incluso después de enseñar karate a niños toda la mañana; verla siempre lo hacía sentir como un vago. El vago más afortunado del mundo. Según Oliver, que esa chica saliera con él se debía a la más pura e incomprensible suerte. Micah los había presentado unos meses antes y de alguna manera todo había encajado. Oliver había tenido un extraño brote de inspiración romántica al pasar a recogerla en su Challenger, llevarla a Raising Cane's a buscar unas tiras de pollo frito y luego instalarse a comer y conversar en una banca junto al río.

Habían hablado hasta que se hizo de noche y a Sabrina comenzaron a lloverle furiosos mensajes de texto de su padre.

Meses después, el aroma de las papas fritas y las tostadas texanas todavía le

recordaban esa tarde y hacían que el corazón le latiera un poco más rápido.

—Tienes que hablar con Micah —sugirió Sabrina, sacándolo de golpe de su ensoñación olfativa—. Se está comportando como un absoluto imbécil con Diane.

—¿Diane? —Oliver evidentemente se había quedado atrás en la charla—. ¿Está molesta con él o algo así?

—¡No! Vamos, Oliver, cariño, sabes cómo termina esto. Se trata de *Micah*.

Oh. ¡Oh!

—Sí, bueno, puedo entender que sería... extraño que saliera con tu hermana.

—Casi incestuoso, ¿ok?

—Bueno, oye, un momento, no... No somos hermanos ni nada —Oliver comenzaba a darse cuenta de que llevaba las de perder en esa conversación, ya que a él mismo le resultaba extraña la idea de que él y su mejor amigo salieran con hermanas—. Pero entiendo lo que quieres decir —concluyó y fue recompensado con una breve sonrisa de su novia—. Hablaré con él.

—Gracias, cariño.

Sabrina se acercó y lo besó en la mejilla, y luego se fue como si nada a buscar sus pedidos de café que ya estaban listos.

Maldición. Ya había empezado el día con el pie izquierdo. No se suponía que hablarían de Micah. Se suponía que hablarían de Oliver. De sus noticias. De su futuro.

CAPÍTULO

3

— **B**ueno, oigan, quería mostrarles esto —dijo Oliver, acomodándose en su asiento para sacar la carta de admisión. Finalmente había logrado alejar a Micah del mostrador, atrayéndolo hacia una mesa junto a la ventana con la promesa de buenas noticias. Los ventiladores runruneaban sobre sus cabezas. Los focos desnudos y brillantes que iluminaban la cafetería se reflejaban sobre la mesa que habían limpiado recientemente.

Micah enseguida estiró la mano hacia la carta, tomándola antes de que Sabrina pudiera verla.

—Idiota —murmuró ella.

—Oh, cierra el pico, ¿quieres? Ya llegará tu turno.

—Sí, pero ¿por qué siempre tienes que ser el primero? ¿Por qué haces eso? ¿Necesitas compensar algo, muchachote? ¿Y qué demonios está pasando contigo y Diane? No creas que no me enteré de eso.

—*Como decía* —interrumpió Oliver. Arrastró su taza sobre la mesa y el suave chirrido hizo callar a sus amigos—. Entré a Austin. Dijeron que sí.

—¡Por supuesto que dijeron que sí! —exclamó Micah riendo y golpeó la mesa con su puño, haciendo que sus tazas se sacudieran—. Bien hecho, hermano. Es fantástico.

—Como si hubiera habido alguna duda.

Oliver se aclaró la garganta, restregándose nerviosamente la cicatriz del labio superior. Era agradable, muy agradable, recibir ese tipo de reconocimiento. Especialmente de Sabrina. Cielos, solo esperaba que pudieran mantener su relación cuando él se fuera. Quizás podía acompañarlo... No, eso era pedir demasiado. Ella tenía que pensar en su propia vida y además Austin no estaba tan lejos.

Sabrina se inclinó hacia él y le tocó el hombro, sonriéndole, mientras Micah se levantaba de un salto para comprarles una ronda de galletas con chispas de chocolate para celebrar.

—En serio, cariño, estoy muy orgullosa de ti —dijo ella, mientras le acariciaba el brazo. Hizo una pausa para tomar un sorbo de su café humeante. Levantó la vista de la taza y se relamió los labios, mirando fijamente por la ventana. La luz radiante del sol hacía resplandecer su piel suave y oscura—. Deberíamos celebrar. Tengo la noche libre. ¿Qué opinas? ¿Cane's? Diane tiene una identificación falsa, podría conseguirnos champaña.

—Como si pudiéramos pagarlo —dijo Oliver mientras reía entre dientes y sacudía la cabeza.

—Algo barato, nada extravagante.

—De todas formas, no puedo —dijo él—. Le prometí a Micah que...

Le prometí a Micah que lo ayudaría a saquear una tumba.

—Que lo ayudaría a preparar gumbo para algo de la iglesia. Necesita como tres tandas y le llevaría una eternidad hacerlo solo.

—Ustedes son dos tontos que no saben preparar un buen gumbo. Puedo pasar a ayudarlos —dijo ella, mientras se encogía de hombros, pero había apartado la mirada de Oliver, alejándose un poco. Maldición, ella quería celebrar y ahora Oliver tenía que mentir para protegerla.

Realmente es por tu bien.

Briony y los otros a los que veía a veces en las entregas nunca hacían nada por sí mismos, pero Oliver tenía la clara impresión de que si querían, podían. Había algo antinatural, algo despiadado acerca de esa mujer. Nadie debería poder caminar sobre tacones tan altos y puntiagudos sin caerse. ¿Y los otros? Bien, eran peores de alguna forma, tan callados, solo encorvados, trabajando, trabajando, raspando, *tallando*...

—Cariño, ya sabes cómo es esta gente —dijo Oliver tiernamente, de manera significativa, con esa voz que odiaba usar, la que siempre lo hacía sentir como si estuviera desnudo y gritando con todas sus fuerzas.

—Ajá. Sí. La abuela de Micah y la gente afroamericana. Una razón más para que se mantenga alejado de Diane.

—Sabes cómo se pone cuando algo se le mete en la cabeza —dijo Oliver, escondiéndose tras su taza. Micah estaba regresando a la mesa, con un plato repleto de galletas y una sonrisa en el rostro como si necesitara seducir a todo el mundo, incluyendo a sus mejores amigos.

—Sí —admitió Sabrina con un suspiro—. Sí, lo sé.

—No sé por qué me escucharía a mí y no a ti.

—Por esa idiotez del «código de hermanos» —dijo entre dientes—. Y, de todas formas, a mí nunca me escucha.

—Hablaré con él, Bri, lo prometo. Esta noche, ¿ok? Tendremos toda la noche para hablar, solo dos hermanos preparando gumbo.

Preparando gumbo. Saqueando tumbas. ¿Qué diferencia había, en realidad?

CAPÍTULO

4

— **H**oy me llamó Briony. ¿Te ha llamado alguna vez?

Micah caminaba apresuradamente junto a él, con los pulgares enganchados en las correas de la mochila que rebotaba sobre sus hombros.

—¿A mí? No.

Los dos iban encorvados, con las cabezas tapadas por las capuchas de sus sudaderas. Habían estacionado en la calle Derbingy y siguieron a pie hasta la entrada del cementerio. Un llamativo auto de gran cilindrada frente a su destino no habría sido muy sutil.

—¿Qué quería?

—Está impaciente. Quiere que terminemos el trabajo de Roland. Se supone que debo entregarle todo en la tienda mañana... —mejor dicho, hoy. Ya eran las dos de la mañana. Probablemente iba a lucir cansado y hecho un desastre, con solo unas horas de sueño antes de tener que levantarse para ayudar en la tienda familiar—. Odio cuando me llama. Es como si pudiera verme a través de mi maldito teléfono.

—Quizás puede.

Oliver le dio un golpe en el hombro a su amigo, sin separarse de él, mientras doblaban en la esquina, siguiendo el contorno dentado de la cerca de hierro forjado que rodeaba el cementerio.

—No seas idiota.

—¿Quién está siendo idiota? —Micah echó un vistazo rápido en dirección a los mausoleos que se elevaban por encima del nivel del suelo como dunas en la oscuridad—. Ah. Claro. El Señor Escéptico...

Oliver bajó la voz y se aseguró de que nadie los estuviera siguiendo mientras se acercaban a la entrada del cementerio de San Roque.

—¿Qué? ¿Crees que es una bruja o algo? Eso es disparatado, incluso para ti.

—No, una bruja no. Pero no hay nada de malo en tener un saludable temor a lo que uno no entiende.

—Entiendo que es rica y nos tiene agarrados de las pelotas hasta que terminemos con esto y nos pague.

Todo miedo que Oliver sintiese acerca de esa mujer tenía fundamentos en la realidad. Probablemente escondía armas y cosas peores dentro de sus estrechos *blazers* sofisticados.

La entrada al cementerio de San Roque se encontraba flanqueada por dos estatuas blancas de mujeres piadosas con el cabello trenzado como coronas alrededor de sus cabezas. Pero Oliver y Micah no iban a entrar de la forma convencional, no cuando las puertas ya habían sido cerradas por el resto de la noche. Se detuvieron bastante antes de la entrada principal y se encorvaron junto a un enorme y amenazador edificio almenado de ladrillos. Micah se arrodilló y formó una cuna con sus manos, ayudó a Oliver a subirse, lo

levantó y lo mantuvo así hasta que su amigo pudo pasar con esfuerzo por encima de la cerca hacia el otro lado. Oliver aterrizó con un ruido sordo, recordando doblar las rodillas para que el golpe fuera menos brusco. Micah trepó los barrotes de hierro sin ningún problema; era casi un mono por todos sus años de entrenamiento atlético.

Una vez que estuvieron adentro, rodeados por monumentos y tumbas que les llegaban a la cintura, los dos chicos guardaron silencio. Oliver no creía en ninguna de esas tonterías místicas tradicionales del vudú, como Micah, pero los cementerios lo asustaban de todas formas. La idea de que había huesos por todas partes bajo sus pies, cráneos sin ojos que los observaban justo debajo de la superficie de la tierra, dedos largos y delgados cruzados sobre pechos o apoyados a los lados, o extendidos hacia arriba...

Micah lo golpeó en el pecho, y señaló con la cabeza el camino que estaba a su izquierda y, más adelante en esa misma dirección, la capilla. No había ni un solo árbol entre las puertas del cementerio y la capilla, lo que le daba un aspecto desolado e inhóspito al lugar. No había robles adornados con musgo y helechos; solo aire libre y el contorno de la capilla que se elevaba contra la luna y las estrellas. Cerca de allí, alguien había cocinado una barbacoa esa noche, dejando un aroma ahumado, fuerte y picante, que flotaba sobre las tumbas. Oliver sintió náuseas por la combinación del olor a carne cocida y lo que sabía que acechaba bajo sus pies.

Su amigo marcaba el camino, esquivando ágilmente lápidas y mausoleos. Durante el día, el cementerio de San Roque no era mucho más alegre, al menos no según Oliver. Era una institución, una especie de meca macabra para quienes estaban interesados en la sabiduría popular sureña. Oliver nunca había estado allí antes, pero Micah sí. Evitaron la entrada principal del alto y angosto edificio blanco, continuando su camino por el lado derecho de la capilla. Como habían acordado con antelación, ambos se mantuvieron agachados y Oliver se volvió para asegurarse de que no hubiera vigilantes ni peatones curiosos en la acera. El calor de la primavera estaba de su lado, persuadiendo a la mayoría de las personas, incluso aquellas deseosas de dar un paseo nocturno, de quedarse adentro junto a un ventilador o un aire acondicionado.

Micah, mientras tanto, hizo lo que sabía hacer mejor.

Oliver oyó el chasquido de un cerrojo por encima de su hombro y se preparó. Entrar a hurtadillas a una capilla, a un lugar de culto, husmear donde otras personas habían estado rezando y donde ninguno de los dos chicos pertenecía simplemente le parecía incorrecto.

CAPÍTULO

5

O quizás era solo *él* quien no pertenecía a ese lugar.

Micah sostuvo la vieja ventana abierta para que Oliver se metiera a través de ella y luego entró él, riendo suavemente mientras lo hacía. Forzar entradas, andar a hurtadillas... Le resultaba tan natural a Micah como respirar. Lo habían arrestado por robar pequeñas cosas cuando eran chicos, un dulce aquí, un CD allá, pero Micah siempre encontraba la forma de persuadir a todos de dejarlo ir con solo una reprimenda.

Así era Micah, cambiante como el viento. Una semana era el niño bueno temeroso de Dios que iba a la iglesia, y a la siguiente era una pésima influencia. Oliver nunca sabía con qué versión se iba a encontrar.

Y sin él no estarías ni cerca de poder pagar la universidad.

Dos mil dólares por desenterrar unos cuantos relojes de bolsillo y collares era una oportunidad demasiado buena como para dejarla pasar.

—¿Trajiste la lista? —susurró Oliver. La capilla debía de estar vacía a esa hora de la noche, pero habló en voz baja de todas formas. Micah caminó deprisa hacia lo que parecía ser una estantería baja y muchas protuberancias sobre la pared que estaba del lado opuesto a donde habían entrado. Sus botas crujieron al aplastar los restos de cucarachas muertas.

—Está aquí adentro —respondió su amigo, tocándose la sien izquierda. Sacó una caja de fósforos de su bolsillo y encendió uno, luego se inclinó hacia delante y prendió una docena de velas de diferentes alturas diseminadas sobre el estante inferior.

Oliver soltó un grito ahogado cuando la habitación, y todo lo que estaba en ella, se iluminó.

—Santo Dios —susurró.

—Un poco inapropiado, ¿no? Dadas las circunstancias —su amigo lo reprendió en broma—. No te quedes ahí parado con la boca abierta, tenemos cosas que hacer.

—Lo siento, es que es simplemente... *Espeluznante.*

No dijo la palabra pero la imagen quedó grabada en su mente. La pared estaba cubierta con partes de seres humanos; mejor dicho, partes de plástico, madera y vidrio de antiguos dueños. Prótesis. Pies y manos de yeso, máscaras, brazos, hasta ojos de vidrio torcidos y desviados, que lo observaban bajo el cálido resplandor de las velas. La mayoría de las manos y los pies colgaban de ganchos de metal incrustados en el yeso.

Una estatua amarillenta de María a la que le faltaban pequeñas partes presidía la colección desde una esquina cercana.

—Había escuchado acerca de este lugar, solo que no me había dado cuenta de que se vería así —dijo Oliver, acercándose lentamente a las reliquias abandonadas.

Mientras tanto, Micah había acercado la cara a lo que parecía ser una pata de palo tallada. Entrecerró los ojos y la observó de cerca por encima de sus lentes. Inclinó la

cabeza, intentando leer algo que estaba en uno de los lados.

—Sí. Es extraño, ¿no? La mayoría son solo reproducciones. Gracias por sanar mi mano, San Roque, aquí tienes un modelo de ella de regalo. Es un poco más fácil de tolerar a la luz del día.

Por alguna razón, Oliver lo dudaba.

No porque no estuviera acostumbrado a los objetos extraños; la tienda de su padre estaba llena de ellos: pequeños mapaches embalsamados, garras de caimanes, esqueletos de pájaros... Pero había algo diferente acerca de estas piezas abandonadas. Estiró la mano y, con dedos temblorosos, tocó una de las manos blancas y lisas. Se estremeció. Estaba tibia, por el calor de las velas, pero se sentía como si hubiese sido recientemente arrancada de un propietario vivo.

—¿Y quién era este Roland, de todos modos? —murmuró Oliver, alejándose de la pared.

A Micah parecía no importarle hacer la mayor parte del trabajo, mientras buscaba su objetivo por la pared.

—¿A quién le interesa? Solo necesitamos encontrar su mano de mentira y sus dedos.

—Espera. ¿Dedos? No quieres decir realmente...

Resoplando, Micah le lanzó una mirada mordaz, mientras desenganchaba finalmente una mano de yeso de la esquina derecha del santuario.

—¿Honestamente crees que quitar esta cosa de la pared vale dos mil dólares para alguien? Vamos, Oliver. Usa la cabeza.

De pronto, Ollie sintió que se le revolvía el estómago al ver a Micah meter la mano que había sacado de la pared en su mochila: la cremallera abierta dejaba a la vista parte de una pala de jardinería. Su amigo se inclinó hacia delante y apagó las velas de un soplo, dejándolos repentinamente a oscuras y al santuario, tras un filtro de espirales de humo.

—Creí que solo nos llevaríamos cosas, no huesos. Eso es morboso.

Y no es lo que tenía en mente.

Micah se acercó a él hasta que su rostro estuvo a solo unos centímetros del de Oliver, observándolo de cerca con sus ojos color gris oscuro y opaco. Entonces, le dio una palmada en el brazo y se encogió de hombros, señalando con la cabeza la ventana forzada que estaba detrás de él.

—A mí tampoco me gusta, hermano, pero ¿en serio quieres echarte atrás ahora?

Inmediatamente, Oliver pensó en Briony, en cómo sería tenerla en contra.

—No son buenas personas, Ollie —dijo Micah, mientras iba a sostener la ventana abierta para que Oliver pudiera salir arrastrándose—. Hacen cosas con las que no estoy de acuerdo. Juegan con fuerzas que los tipos como tú y como yo no entendemos. Fuerzas con

las que no nos corresponde meternos. No los llaman Artistas de Huesos porque tallan *madera*.

Oliver asintió, respirando con dificultad.

—Entiendo. Es solo que no estoy seguro de poder...

—Yo lo haré —dijo Micah, con un tono suave y extraño, condescendiente quizás—. Solo mantente alerta. Tardaremos más así, pero al menos no nos atraparán.

CAPÍTULO

6

Oliver había comenzado a sudar mucho. Era por la humedad, claro, pero también por los ruidos. Podía oír la pala de Micah que raspaba la tierra al cavar en la tumba de la esquina del cementerio. Por más que lo intentara, no podía bloquear los sonidos: el de la pala de Micah mientras apilaba la tierra que iba removiendo, la respiración de su amigo que se iba agitando a medida que el calor y el trabajo lo iban afectando, las repentinas y ruidosas carcajadas provenientes de una casa cercana...

—¿Te falta mucho?

Era una pregunta estúpida. Oliver no era tan tonto como para creer que desenterrar un ataúd era un trabajo rápido. Cambió de posición, intentando mantenerse suficientemente cerca del suelo como para confundirse con las lápidas y los mausoleos. Sin árboles y con pocas sombras, estaban completamente expuestos a la noche y a cualquiera que pudiera pasar a mirar.

El aroma ahumado de la barbacoa flotaba por el cementerio mezclándose de una forma desagradable con el calor.

Micah no dijo nada y siguió cavando.

—Escucha, le dije a Sabrina que hablaría contigo acerca de este asunto de Diane. De más está decir que no está feliz al respecto. Ustedes son adultos y no es asunto mío, lo sé, pero... ¿No crees que, con tu familia y todo eso, no es exactamente una gran idea?

—No pensaba llevarla a cenar a casa.

—A eso me refiero. ¿No crees que eso está mal?

—¿Podrías callarte? Estoy intentando trabajar...

Oliver hizo una mueca avergonzada y se volvió para asegurarse de que nadie los estuviera observando por la cerca trasera del cementerio. Silencio. Silencio y esa carcajada repentina, y el olor a carne cocida y ahumada que le invadía la nariz... Contrajo los músculos del estómago, reprimiendo las náuseas. Cerró los ojos y visualizó los dos mil dólares. Se imaginó recibiendo la primera factura por el costo de la matrícula, sacando préstamos, intentando obtener su título con el poco dinero que pudiera reunir.

Y Micah se estaba llevando la peor parte, haciendo el trabajo más difícil.

—Lo siento —susurró Oliver y se secó las sienes que le sudaban a chorros.

Apoyó el brazo sobre un mausoleo de piedra sólido y rectangular, sintiendo cómo la piedra se iba entibiando poco a poco contra su piel caliente. Al no haber árboles, no había sombras extrañas que pudieran causar estragos en su imaginación, pero sin esa protección se sentía observado y quizás no estaba equivocado. Si solo la mitad de todas las tonterías místicas que Micah creía eran verdad, entonces, seguramente sus acciones estaban perturbando a los muertos.

Tiritando, incluso con el calor y la humedad, se paralizó al oír que la pala hacía un ruido como un crujido hueco al chocar contra algo más que tierra.

Micah murmuró algo, una plegaria tal vez, y entonces Oliver oyó un cerrojo oxidado que cedía ante unas tenazas. Tuvo que preguntarse exactamente cuántas herramientas tenía Micah en su mochila; Oliver no había hecho el curso. Si supiera cómo entrar en un edificio de alta seguridad o forzar una cerradura, entonces, no tendría motivos para traer a Micah a estos trabajos. Tendría que ir solo y eso, pensó tragando ruidosamente, no era una opción.

Se volvió y se arrodilló sobre la tierra removida que estaba apilada junto a la tumba. Micah no había cavado muy hondo. Oliver se preguntó si quizás el huracán había dejado menos profunda la capa superior del suelo del cementerio y, por lo tanto, menos tierra que cubriera la tumba. El cementerio de San Roque había estado sumergido bajo agua estancada al igual que el resto de la ciudad. El ataúd era viejo, o quizás ese era el efecto que la tierra, el desgaste natural y una inundación tenían sobre una caja de madera. Casi todas las otras tumbas marcadas se encontraban por encima del nivel del suelo y los cadáveres estaban cuidadosamente protegidos con piedra o dentro de un mausoleo, una opción mucho más inteligente para una zona inundable.

Oliver notó que esa tumba, sin embargo, no estaba marcada de ninguna manera.

—¿Vas a vigilar o vas a ayudar? —preguntó Micah, sin aliento. Metió la pala con fuerza entre la tapa y un lado del ataúd, moviéndola hacia arriba y hacia abajo.

La tapa de ataúd comenzó a ceder y Oliver sintió que su valor empezaba a flaquear.

—Vigilar, supongo. Eh, avísame si necesitas ayuda.

Pero en realidad, por favor, no lo hagas.

Se volvió nuevamente y cerró los ojos cuando los ruidos continuaron, pintando en su cabeza una imagen tan gráfica como si estuviera observando el robo. Su mente se llenó repentinamente de dudas. En verdad debería haber investigado cuál era el castigo si los atrapaban haciendo eso. ¿Era mejor o peor que estuvieran robándole a un muerto? No había víctimas, en realidad, pero traficar partes humanas tampoco debía ser una nimiedad a los ojos de la ley. Rayos. Quizás debería haberle contado más a Sabrina sobre esto. Ella era lista, lo suficientemente lista como para mantenerse alejada de idioteces turbias como esta...

Pero no lo suficientemente lista como para mantenerse alejada de mí.

—Bingo —escuchó que Micah susurraba.

Oyó otro ruido, el peor, un corte carnosos, cuando Micah amputó los dedos de la mano. Carne. Por Dios, eso significaba que el cuerpo no debía ser tan viejo. Micah hizo una mueca de dolor mientras raspaba el fondo de la caja con la pala para recoger los huesos.

—Esto es tan asqueroso —siseó Oliver.

—No hay sangre ni nada.

—Esa no es la cuestión, hombre.

—Ya tengo lo que necesitamos —dijo Micah, ignorándolo—. Déjame volver a tapar esto y podemos...

—¡Oigan!

Oliver se paralizó ante el sonido. Era una voz de hombre, fuerte y clara, que les gritaba desde el otro lado del cementerio, por donde estaba la entrada principal.

—¡Oigan, ustedes! ¿Hay alguien ahí? ¿Qué creen que están haciendo?

—¡Maldición! ¡Corre!

Micah metió la pala y una bolsita plástica en su mochila y salió disparado, salvando la brecha entre la tumba desenterrada y la cerca posterior del cementerio.

Oliver trastabilló y comenzó a correr a toda velocidad, con el pecho estrujado por el pánico repentino. Los habían atrapado. Era el fin. El tipo iba a llamar a la policía y los arrestarían, adiós Austin...

—¡Más rápido, idiota! —susurró Micah, arrodillándose y haciéndole señas a Oliver para que se diera prisa. Oliver corrió más rápido, mientras escuchaba que el hombre golpeaba sus puños contra la cerca de hierro, aún gritándoles, cada vez más fuerte. Ollie no dudó, tomó los barrotes más cercanos y usó las manos de Micah para ayudarse a saltar por encima de las altas y afiladas puntas de la cerca. Micah aterrizó junto a él un segundo después y lo tomó de la manga, arrastrándolo por un terreno pavimentado, cubierto de maleza, para cruzar en diagonal de regreso hacia el auto.

¿Eso era una sirena? ¿Su mente lo estaba engañando?

Mientras huían, Oliver se volvió para echar un último vistazo y se le cerró la garganta al ver la figura en la distancia. Quizás fuera solo una sombra, una ilusión óptica, pero parecía como si una silueta alta estuviera de pie junto a la tumba sin marcar, observándolos huir.

CAPÍTULO

7

Oliver arrastró los pies en dirección al depósito de la tienda. Eran las siete menos cuarto de la tarde. Briony llegaría en cualquier momento para recoger el paquete. Empujó con el hombro la cortina que estaba cerca de la caja registradora, apenas consciente de su padre, que intentaba venderle una mesita de café restaurada a una clienta. Uf, café. Le vendrían bien como cuatro litros justo en ese momento.

No había dormido. Nada. Al cerrar los ojos había oído la pala de Micah golpeando la tapa del ataúd. Había oído los dedos separándose de la mano... tanta carne amputada. Había oído al hombre gritando y el ruido de la cerca sacudiéndose. Había visto la sombra que los observaba, junto a la tumba. Demasiado cerca de la tumba.

El sonido de sirenas se escuchaba todo el tiempo por la noche en la ciudad, pero con cada una que había resonado la noche anterior, Oliver había estado seguro de que venían a buscarlo.

Conteniendo un bostezo, el muchacho se miró con el rabillo del ojo en un espejo antiguo que estaba en el depósito. Cielos. Se veía terrible. «Desaliñado» solía ser una buena palabra para describirlo, pero esto era otra cosa. Tenía ojeras, el cabello parado, sucio y grasoso por pasar la noche rostizándose en su sudadera y huyendo a las corridas. Había puesto su bolso junto a un armario en el depósito, súper consciente de lo que había dentro.

Micah tenía que enseñar artes marciales hasta tarde, lo que significaba que Oliver tendría que hacer la entrega. La primera vez había sido mucho más fácil. Micah había descifrado un anuncio en clave sobre cercas en Craigslist, el sitio web de avisos clasificados, y habían ido al lugar de entrega indicado para buscar su tarea en un viejo buzón. Esa vez solo habían tenido que encontrar algunos relojes, un par de lentes y otras porquerías viejas que nadie extrañaría. Luego habían hecho la entrega de la misma forma anónima.

La siguiente vez que respondieron al anuncio, Briony estaba allí para recibirlos y hacerlos pasar a lo que llamó «una oficina», que resultó ser poco más que una vieja cochera en Bywater. A Oliver le había dado la impresión de que Briony definitivamente no vivía allí y quizás ni siquiera pasaba mucho tiempo en ese sucio antro. Tenía una atmósfera muy de asesino serial y había unas doce personas ahí, trabajando afanosamente en estrechos escritorios. Oliver no se pudo acercar lo suficiente como para ver exactamente qué estaban haciendo. De cualquier forma, Briony les había hecho saber que estaba complacida con su trabajo y que creía que podían servir para algo un poco más desafiante.

Suficientemente desafiante como para valer dos mil dólares.

Oliver se arrodilló y tomó su bolso, pasándose la mano por el cabello. Había terminado. Habían hecho su trabajo. Le daría el paquete a Briony y eso sería todo, decidió. No más trabajos. No le importaba qué tan buena fuera la paga, no le compensaba el estrés.

Solo quedaba por ver si sería realmente capaz de decirle todo eso a Briony en la cara.

El bolso vibró en sus manos y Oliver sacó su celular. A su papá no le gustaba que lo tuviese en el bolsillo mientras estaba «atendiendo». Dos mensajes. Uno era de Sabrina: otra oferta de celebrar sus grandes noticias. El otro era de Briony. Apretó el teléfono más fuerte, como un reflejo.

Cambio de planes. Nos vemos a las 8.

A continuación había indicaciones sobre cómo llegar. Oliver conocía el lugar. No estaba para nada lejos. De hecho, podía llegar cómodamente caminando. Consideró llevar el auto, pero supuso que podría entrar y salir más rápido si le inventaba alguna excusa a Briony acerca de tener que regresar enseguida al trabajo, de que se había tomado un pequeño descanso pero debía terminar su turno.

Se colgó el bolso del hombro y volvió a cruzar la cortina hacia la sala de exposición de la tienda. Su padre todavía estaba intentando convencer a una anciana junto a las postales. Habían aparecido unos chicos de la Universidad de Tulane para instalar mesas y sillas para un recital de poesía que iban a realizar más tarde. Oliver saludó a todos entre dientes y le dijo adiós a su padre con la mano.

—Solo saldré un minuto —anunció, esperando que fuera verdad.

Su padre era casi un duplicado de Oliver, tenía la cara más larga y con más arrugas, pero el mismo cabello desgreñado, las mismas cejas pobladas, los mismos ojos azules y la misma sonrisa torcida.

—¿A dónde vas? —preguntó Nick Berkley, anotando un precio de oferta para la cliente en su pequeño bloc rayado.

—Solo aquí a la vuelta. No dormí mucho, necesito un café.

—Hay café en la cafetera que está atrás...

—*Café de verdad.*

Su padre fingió una mirada escandalizada y se puso el lápiz detrás de la oreja.

—Está bien. Vuelve pronto, ¿sí? Quiero hablar de esas grandes noticias tuyas.

Oliver asintió y la puerta se cerró detrás de él con el tintineo de las campanas que estaban clavadas en el marco, anunciando su salida. No estaba seguro de que su cerebro privado de sueño estuviera listo para esa conversación con su padre. Había sido un error mencionar que tenía noticias durante el almuerzo, pero su mente no estaba funcionando en su máximo potencial.

Las lámparas de la ciudad se habían encendido, bañando las calles empedradas con una luz bonita y cálida. Luz de época. Les daba a las calles un resplandor surrealista, con el propósito de que los turistas tuvieran la sensación de estar retrocediendo en el tiempo, de que nada era real, de que todo lo que dijeran o hicieran en sus recorridos embriagados por la calle Bourbon quedaría atrás, olvidado en un mundo completamente diferente.

Él no tenía esa suerte, pensó Oliver con amargura. Sería afortunado si alguna vez

lograba borrar la noche anterior de su mente. Incluso si empacaba y se marchaba a la universidad, Nueva Orleans seguiría siendo su hogar. Eso nunca cambiaría. Había sido una mala idea involucrarse en este «*empleo de medio tiempo*» con Micah.

Por el amor de Dios, esa era su ciudad, su vecindario, y ahora caminaba penosamente por allí, con los hombros encorvados por la culpa y huesos humanos traqueteando dentro de su bolso.

Tal como pensaba, el GPS lo llevó al sitio elegido por Briony tras una caminata de diez minutos. Había un ostentoso automóvil de lujo negro brillante estacionado solo en esa cuadra; la placa decía DIRECTR I. Una calcomanía verde oscuro con letras blancas cubría la parte inferior derecha del paragolpes.

ORGULLOSO PADRE DE UN ESTUDIANTE DISTINGUIDO

El resto de la calle estaba prácticamente vacía, excepto por algún que otro turista borracho y perdido. Para entonces, la humedad pegajosa de la tarde se le adhería pesadamente a la camiseta y Oliver tiró de ella para separarla de su piel mojada mientras verificaba nuevamente la dirección, merodeando frente a una puerta de madera en un callejón mojado y desagradable.

Comenzó a ponerse nervioso a medida que pasaban los minutos. ¿Debería tocar la puerta? ¿Debería mandarle un mensaje a Briony? Entonces las bisagras de la puerta rechinaron y apareció un rostro en la penumbra, el rostro blanco y severo de una máscara pintada.

CAPÍTULO

8

Oliver dio una vuelta lentamente, observando las hileras de estanterías que revestían las paredes de las instalaciones. ¿Instalaciones? ¿Oficina? No tenía idea de cómo llamarlo, pero era exactamente igual al último sitio al que Briony le había dicho que fuera, solo que esta vez en lugar de una horrible cochera, era un apartamento más grande, de varias habitaciones, con manchas de tabaco amarillentas en el techo. El olor a cigarrillo y bebidas alcohólicas baratas había impregnado las paredes y el suelo, un aroma que algún tipo de sustancia química o producto de limpieza potente intentaba atenuar.

No era un lugar para estar bien iluminado, pensó, ya que cada indicio de los daños causados por el agua, el paso del tiempo y el deterioro quedaban al descubierto bajo una iluminación casi quirúrgica. El almidonado traje de chaqueta y pantalón azul aciano de la Arpía era, por lejos, lo más limpio de la habitación.

Pero al igual que en la cochera, Briony no estaba sola. Alrededor de la habitación, hombres y mujeres se inclinaban sobre escritorios. Estos eran más sólidos y lustrosos que los de la cochera. Oliver parpadeó, nervioso, balanceándose sobre sus talones mientras esperaba que Briony terminara de hablar por teléfono. El nítido zumbido de una sierra para cortar huesos se oyó como un grito a través de una puerta cerrada a la izquierda del muchacho. El chirrido sonó como si alguien arañase un pizarrón, una punzada fría que le recorrió la columna.

No podía oír la conversación de Briony, pero sí la suave cadencia de su voz. Ese no era el tono que usaba con Oliver, ni en persona, ni por teléfono. Ollie se sacó la mochila y sintió como si se hubiera sacado un barril de plomo de encima.

Echando un vistazo alrededor de la habitación otra vez, intentó ver más de cerca lo que la persona del escritorio más cercano estaba haciendo. Era un hombre y usaba guantes de goma, pero hasta ahí llegaba su profesionalismo. Su chaqueta de cuero y sus *jeans* ajustados lo hacían verse muy a gusto en medio de esa mugre.

Por debajo del sonido de la voz de Briony corría un murmullo constante de sonidos suaves. Estos eran los Artistas de Huesos, los verdaderos, de los que Micah no paraba de hablar. Se preguntó si los dedos que estaban en su mochila pronto terminarían sobre uno de esos escritorios.

Pero ¿para qué?

No hagas preguntas. Esta es la última vez, ¿recuerdas?

Briony giró sobre uno de sus tacones y le lanzó una sonrisa ácida mientras escondía su celular dentro de las palmas ahuecadas de sus manos, dando unos pasos repiqueteantes hacia él.

Sin que se lo pidiera, Oliver empujó la mochila hacia ella. Ya había sacado su celular y cualquier otra cosa de valor. Podía quedársela, él no la quería.

—¿Ansioso por deshacerte de mí? —preguntó Briony, sonriendo.

Sin embargo, no tomó la mochila y esperó a que el hombre de la chaqueta de cuero

hiciera una pausa en su trabajo y caminara con pasos largos hacia allí para llevársela.

—Escuché que hubo algunas dificultades —dijo Briony, alargando la última palabra mientras observaba a Oliver atentamente.

El sonido de la sierra para cortar huesos de la habitación de al lado se hizo todavía más fuerte. Oliver apretó los dientes con un chasquido.

—Trajimos lo que pediste. ¿No es eso lo que importa?

—Sí, pero los vieron —dijo ella, levantando un ceja delgada y arqueada—. ¿O acaso no lee las noticias, señor Berkley?

Maldición. No las había leído. Solo llegar a la tienda sin quedarse dormido mientras caminaba había sido un desafío.

Tragó saliva y se encogió de hombros tratando de mostrarse despreocupado.

—Pero escapamos y nadie vio nuestros rostros.

—¿Está seguro de eso? —preguntó Briony, levantando la otra ceja.

¿Era una pregunta capciosa?

—Segurísimo —respondió Oliver, comenzando a sudar—. Nos largamos antes de que el tipo pudiera acercarse.

Briony asintió y sus cejas regresaron a una posición neutral. Todo su rostro se congeló, impenetrable. Oliver deseó que la maldita sierra dejase de chillar tras la puerta; lo estaba poniendo nervioso. *Más nervioso.*

—¿Entonces? —la instó Oliver—. Está todo ahí, ¿no? Ya estamos a mano.

—¿Lo *estamos*? —Briony volvió la cabeza hacia el tipo de la chaqueta de cuero, quien asintió rápidamente—. Muy bien, señor Berkley. Creo que me agrada.

Chaqueta de Cuero desapareció por un momento al entrar en la habitación de la sierra; el sonido se hizo tan fuerte con la puerta abierta que Oliver tuvo que contenerse para no taparse los oídos. Voces apagadas se mezclaron con el ruido y entonces Chaqueta de Cuero regresó, sustituyendo la mochila de Oliver por un fajo de billetes unidos con una bandita elástica.

—Intenten no salir en los periódicos la próxima vez, ¿sí?

Oliver parpadeó.

—No creo que vaya a haber una próxima vez.

—¿No? —Briony lo observó fijamente; un diminuto músculo le temblaba en el mentón. Entonces sonrió, pero no había nada detrás de su sonrisa. Solo dientes. Era únicamente un tajo blanco y brillante tallado a través de su rostro—. ¿Ni siquiera, digamos... cinco mil dólares lo tentarían?

¿Cinco mil...? Por Dios.

—No puedo —espetó Oliver.

Briony dio media vuelta y se alejó con Chaqueta de Cuero en dirección a la habitación donde esa sierra infernal seguía zumbando.

—Su amigo podría decir lo contrario.

—Podría —reconoció Oliver.

La risa helada de Briony resonó a coro con los chillidos de la sierra haciendo que la columna de Oliver se pusiera rígida nuevamente. Sus pálidos ojos sorprendieron a Oliver. La Arpía se quedó mirándolo fijamente por encima de su hombro.

—Creo que cambiaré de opinión, señor Berkley. De hecho, sé que lo hará.

—————
CAPÍTULO
—————

9

Tamborileó los dedos a un ritmo frenético sobre el volante mientras zigzagueaba por las calles a toda velocidad hacia el *dōjō*. Su celular sonaba de vez en cuando sobre el asiento del acompañante, avisándole que tenía un mensaje de texto sin leer de su padre. Como sabía que solo lo haría sentir culpable, prefirió esperar para leerlo.

No tenía valor para enfrentar a su padre, menos aún cuando todavía sentía náuseas por lo que había pasado. Cinco mil dólares. Eso era más dinero del que jamás había tenido. ¿A quién engañaba? Incluso los dos mil que tenía en la guantera le resultaban difíciles de asimilar. Pero era por saquear tumbas. Tenía que ser mucho más ilegal que llevarse algunas reliquias de familia. Eso ya lo hacía sentir horrible, pero ¿llevarse huesos? ¿Partes de *personas*?

¿Qué estaban haciendo en ese lugar horripilante, de todas formas? Tan ocupados, inclinados sobre sus escritorios, como pequeñas hormigas obreras dedicándose a su trabajo tan concentradas. Se le erizó la piel de solo pensar en las posibilidades. Pero esos cinco mil lo acercarían tanto más a sus metas... Repiqueteó más rápido los dedos sobre el volante mientras esperaba que el semáforo se pusiera en verde. Solo una cuadra más y llegaría al *dōjō*. Era posible que Micah no tuviera respuestas, pero al menos podría ofrecerle solidaridad y alguna bebida alcohólica para ayudarlo a sobrellevar la situación.

El lugar donde trabajaba el muchacho en realidad no se veía en lo más mínimo como un *dōjō*. Tenía más bien una fachada insípida como la de cualquier local de un centro comercial, que podría haber sido un depósito de muebles o una tienda de rosquillas. Todas las ventanas, excepto dos, eran de cristal esmerilado, pero al pasar caminando se podía ver a quien estuviera adentro dando golpes o patadas en el aire. Oliver había llegado temprano —en realidad no había llegado ni temprano ni tarde, ya que Micah no lo esperaba—, así que dos filas de niños pequeños, con sus atuendos blancos almidonados, todavía estaban haciendo su mejor esfuerzo para golpear el aire bajo las instrucciones de su amigo.

Oliver entró al angosto estacionamiento y detuvo el auto bajo un farol parpadeante. La luz proveniente del centro comercial era suficiente, pero algún urbanista bien intencionado había intentado embellecer el lugar con lámparas y bancas bonitas, verdes y pintorescas, como si con eso se pudiese disimular la mugrienta tabaquería y la tienda de repuestos para autos que estaban a plena vista.

Oliver tomó su celular y descartó el mensaje de texto de su padre. Lo leería más tarde, cuando no estuviera tan confundido. Suspirando, abrió la guantera, sacó el fajo de billetes y se quedó sosteniéndolo. Tocándolo. Le resultaba pesado y sabía exactamente por qué. Lo guardó de nuevo en la guantera y levantó la mirada para observar a Micah, preguntándose qué significarían dos mil dólares para él. Por supuesto que su amigo también había enviado solicitudes a diferentes universidades, algunas muy reconocidas, de hecho, pero siempre se lo veía muy despreocupado. Todo parecía resultarle muy fácil. Sus calificaciones no eran las mejores, pero generalmente lograba que se las subieran con mágicos proyectos para obtener puntos extra que conseguía sonsacar a maestros exasperados. Se ofrecía como voluntario. Trabajaba. Gracias a eso, sus maestros no podían

culparlo por no entregar la tarea de vez en cuando. No ganaba mucho dinero, así que encontró la manera de obtener más. Guiñaba un ojo y sonreía. Claro, en esencia, ahora eran saqueadores de tumbas, pero eran dos mil dólares. Todo se solucionaría de algún modo.

Quizás Oliver podría cambiar de actitud y aceptar con alegría el trabajo por cinco mil.

Quizás.

De pronto, sintió un golpeteo rápido y fuerte contra la ventana del auto. Oliver saltó en el asiento y pegó un alarido, nada varonil, sintiendo el corazón en la garganta al volverse y ver una silueta en la ventana. Su pulso se normalizó un poco cuando descubrió que se trataba de Diane, la hermana mayor de Sabrina.

—Hola, extraño —dijo, mientras Oliver bajaba la ventanilla para saludarla—. ¿Esperas a Micah?

—Sí. Hola, déjame que salga de esta cosa. Huele a cerrado aquí dentro.

Genial. Diane. No era alguien con quien deseaba encontrarse ahí. Oliver tomó su celular y salió del auto, lo cerró y siguió a Diane hacia la entrada del *dōjō*. Ella se apoyó contra el vidrio, sonriendo mientras observaba a los miniartistas marciales que estaban adentro. Era más alta y más delgada que su hermana y su cabello era mucho más abundante. Sabrina rasuraba el suyo o lo llevaba muy corto y tenía *piercings*; en cambio Diane mantenía un aspecto más neutral, como de «niña bien». Era bonita, inteligente... Exactamente la clase de chica que le gustaba a Micah.

—Hacía tiempo que no te veía —le dijo la chica y le dio un sorbo a su refresco dietético.

—He estado ocupado. La tienda es una locura durante esta época del año. Papá me obliga a trabajar cada minuto libre que tengo —respondió Oliver—. ¿Estás tomando clases en el campus de City Park?

—Ajá, Arte Culinario y eso —respondió, apartando la mirada de los niños—. Sabrina me contó que entraste en la universidad que querías. Eso es genial. Felicidades.

—Gracias —dijo Oliver, con una enorme sonrisa—. Es agradable escuchar eso, ¿sabes? Todavía no se lo he podido contar a mi padre. Cuando estaba completando las solicitudes, estaba hecho un desastre. Solo logré que se calmara porque le expliqué que las probabilidades de que entrara eran muy remotas. No estoy seguro de que me haya creído.

—Uf. Te entiendo. Siempre pasa lo mismo con toda esa estupidez del negocio familiar —comentó Diane, poniendo los ojos en blanco—. Mamá nunca habría salido de Baton Rouge si Abuelita no hubiera muerto. Más que negocio familiar, es la secta familiar.

Oliver asintió, relajándose cada vez más mientras reía.

—Amén.

—Solo asegúrate de no llevarte a mi hermana a Texas contigo. Está muy bien donde

está.

—No, señora, no la llevaría a ninguna parte, a menos que ella quisiera acompañarme.

Diane negó con la cabeza y se acercó para golpearlo en broma en el hombro.

—¿Quién me obligaría a portarme bien si ella se fuera contigo?

—Creí que tú y Micah estaban, ya sabes... —Oliver se aclaró la garganta. Rayos, este no era su tema favorito de conversación. No quería controlar a su amigo, aunque Sabrina se lo hubiese pedido—. Quizás él podría cuidarte.

—Sí, claro, porque todos sabemos que ese chico solo toma buenas decisiones —sonrió y se acercó a él de nuevo, pero esta vez solo apoyó su mano suavemente sobre el brazo de Oliver—. Sé que Sabrina te ha estado volviendo loco con este asunto. No te preocupes. Conozco a Micah. Sé en lo que me estoy metiendo. De todas maneras, solo nos estamos divirtiendo. Él también se irá a la universidad y entonces no tendrás que preocuparte de que me involucre con ese demente.

Bueno, eso al menos era un alivio.

—¿A quién estás llamando demente, mujer?

Micah salió rugiendo y se abalanzó sobre ellos, abrazando a cada uno con un brazo.

—Apesta, hombre —masculló Oliver, separándose a la fuerza de su amigo.

—No tuve tiempo de darme una ducha, ¿ok? Los vi holgazaneando aquí afuera y me pareció que sería cortés que me apresurara —le sacó la lengua mientras seguía abrazando a Diane con un brazo—. ¿Y qué haces aquí? ¿Me perdí algún mensaje o algo?

Micah apretó la mandíbula y su mirada se agudizó, preguntando sin hablar: ¿Algo salió mal con la entrega?

—Solo estaba aburrido —dijo Oliver, encogiéndose de hombros y sacudiendo casi imperceptiblemente la cabeza en respuesta a la pregunta silenciosa de Micah. No, todo salió bien.

—Ajá. No dejes que Sabrina te oiga decir eso. Está que trina porque todavía no la has llevado a celebrar tu asunto de la universidad.

—Lo sé. Tengo que llamarla pero ¿podrías prestarme a Micah un momento? Solo quiero hacerle una consulta rápida.

Solo una consultita acerca de cinco mil dólares.

—No hay problema, pero no te lo quedes mucho tiempo, tenemos planes para esta noche.

—Planes. Claro. Solo será un instante.

Acto seguido, Oliver tomó a Micah del brazo, que estaba tan sudado que había humedecido su camiseta, y lo arrastró hasta la tienda de repuestos para autos. El gerente

que estaba adentro se quedó mirándolos mientras cerraba la tienda; probablemente le preocupaba que fueran dos buenos para nada que estaban ahí para robarle.

No se preocupe, señor, solo les robamos a los muertos. Uf.

—¿Qué pasa? Te ves terrible —los ojos grises de Micah se oscurecieron y se volvió para echar un vistazo rápido a Diane—. ¿Todo bien con la... ya sabes, con nuestra amiga?

—No, Micah, no está todo bien —¿cómo podía tener una actitud tan despreocupada respecto a este asunto? Oliver se pasó ambas manos por el cabello grasoso, soltando un suspiro—. Briony quiere que sigamos haciendo esto y nos está ofreciendo más dinero. Mucho más dinero. Tanto dinero que tengo miedo de no poder decirle que no.

Su amigo se quedó en silencio, frotándose lentamente la barba mientras miraba fijo a Oliver.

—Mmm. Ajá.

—¿Eso es todo lo que tienes para decir al respecto? Esto me da mala espina. ¿Qué demonios hacen esos tipos? ¿Para qué usan los huesos? —la forma en que arrastraba las palabras hizo que sonara exactamente como su padre, con ese marcado acento sureño que a veces resultaba incomprensible. Sabrina siempre se burlaba de él por eso.

Decía que era adorable, pero a Oliver le sonaba corriente, vulgar. Iba a alejarse del negocio familiar que había mantenido a generaciones de su familia cautivas, impidiéndoles avanzar. Y pensar acerca de su padre solo le recordaba ese maldito mensaje de texto sin leer y la conversación que le esperaba y ¿cómo era que ese día se le había escapado de las manos de esa forma y se había salido tanto de control?

Cinco mil dólares. No sería un trabajo fácil por esa cantidad de dinero y Micah parecía estar considerándolo seriamente.

—No podemos aceptar —dijo Oliver antes de que su amigo pudiera responder—. Simplemente no podemos.

—¿Cuánto?

No quería decirlo.

—Cinco mil —respondió entre dientes.

—¿Cinco mil *dólares*? ¿Me estás tomando el pelo? —Micah se tambaleó hacia atrás, frotándose más rápido la barba. De pronto, sus ojos brillaban con una mirada pícaro.

—Di que no, Micah. Tenemos que decir que no.

—¿No te interesa? ¿Ni un poco? —Micah miró a Diane, casi eufórico, sacudiendo las manos como si se le hubieran entumecido—. Cinco mil es mucho dinero...

—Ya lo sé —Oliver se dio vuelta y se tiró del cabello. Quizás un poco de dolor le devolvería la cordura y lo regresaría a la buena senda—. Lo que hicimos salió en el periódico. Alguien nos vio. Tienes que decir que no —susurró.

—¿Por qué yo? ¿Por qué insistes en decir eso?

Micah estaba justo detrás de él, respirándole en la nuca.

—Porque si tú dices que sí, sentiré que yo también debo hacerlo —estaba cansado, tan cansado. Solo quería dormir y despertar, y que nada de esto hubiera pasado—. Porque no puedo dejar que lo hagas solo, ¿sabes? Y porque... cielos, *sí* que necesito el dinero. Lo necesito. Maldición, no sé qué debo hacer.

Micah apoyó su mano solemnemente sobre el hombro de Oliver.

—No te preocupes, amigo. Yo sé qué hacer.

CAPÍTULO

10

La señora Marie Catherine Comtois vivía en una finca blanca y destartalada, bastante alejada de la carretera, en la ruta que va de Nueva Orleans a Baton Rouge. Pesadas y frondosas cataratas de musgo colgaban de los árboles que atestaban el jardín delantero, ocultando la casa tras una fragante cortina verde. Había semillas blancas como copos de nieve que flotaban en el aire con inquietante lentitud en un día húmedo, caluroso y sin viento.

Oliver casi podía saborear el aire sofocante, colmado de madreselvas del jardín que bordeaba el frente de la casa y se extendía aleatoriamente hacia el descuidado bosque pantanoso que invadía la propiedad. Estaba claro que nunca había sido una mansión, pero quizás alguna vez había sido una casa bonita y fresca, pintoresca, con postigos verdes en las ventanas y una puerta turquesa. Pero, ahora, la pintura se había descascarado en tiras que se enroscaban por la humedad y se desperdigaban salpicando la hierba junto a las diminutas semillas blancas.

El camino hacia la casa estaba invadido por la maleza, pero Micah parecía no notar el deterioro y definitivamente no se disculpó por ello.

—La señora Marie fue como una tía para mí cuando era pequeño —explicó mientras guiaba a Oliver hacia la puerta turquesa descolorida que tenía un llamador de bronce en forma de sirena—. Si alguien en el mundo puede saber algo acerca de estos trastornados Artistas de Huesos, es ella.

—¿Por qué?

—Porque tiene como ochocientos años, por eso —Micah rio entre dientes guiñándole un ojo—. Y no dejes que la abuelita te engañe; en su época era salvaje. He visto fotografías. Salones de baile. Novios marineros. Y todo lo demás.

A Oliver, que ya había decidido, con firmeza esta vez, que no iba a aceptar el trabajo, el viaje le parecía una pérdida de tiempo. Briony le había enviado un mensaje esa mañana para preguntarle al respecto y lo había despertado de un sueño profundo. Él le había contestado, no muy cortésmente, que tomara su oferta y se la metiera en un lugar muy específico.

Micah había tocado a la puerta que ahora se estaba abriendo poco a poco. Su amigo entró en acción: sostuvo abierto el mosquitero y liberó raudamente a la ancianita del peso de la puerta. La piel de la mujer se veía como papel que se había mojado y vuelto a secar, con manchas oscuras que le salpicaban las manos y el cuello. Pero tenía una mirada aguda, luminosa y penetrante, y observó a Oliver de arriba abajo.

—¿Y quién es este joven y apuesto pretendiente que toca a mi puerta? —preguntó la anciana, con una risita adolescente, aunque sonó un poco ronca al final.

—Señora, este es Oliver, Oliver Berkley. Es un buen amigo mío.

—Eso dijiste por teléfono.

La señora Marie se estiró para alcanzar el mosquitero. Oliver se encargó de cerrarlo y

los acompañó al interior de la casa. La temperatura era sofocante; había algunos ventiladores de techo que hacían todo lo posible por mejorar la situación pero sin éxito. Ni siquiera un pastel recién horneado podía tapar el olor a podrido y a orina que flotaba por los pasillos.

Sin embargo, no podía decirse que la casa estuviera sucia. Los pisos habían sido barridos y los estantes al alcance de la mano estaban limpios de polvo. La anciana se había tomado el trabajo de arreglarse el cabello gris, se había hecho grandes rizos retro y había sujetado parte de ellos con un broche rosa. Probablemente se había puesto su mejor vestido también, un solero blanco con margaritas.

Oliver se detuvo en el vestíbulo para observar las fotografías en blanco y negro de generaciones de la familia. Las más nuevas habían sido tomadas recientemente y estaban colgadas en un marco moderno. Micah estaba en una de ellas, de pie junto a la señora Marie y dos mujeres de unos treinta años que tenían los mismos ojos grandes y color café que ella. Las fotos más antiguas mostraban a grupos numerosos de personas, que parecían fulminar a Oliver con la mirada y tenían ese peculiar aspecto ausente típico de las personas en el pasado, como si la falta de tecnología los hiciera ver inertes.

Encima de las fotografías, había algunos ramos de hierbas secas y una repisa con figuras de porcelana de Jesús, María y un par de manos unidas como en oración. Un cartel de madera agrietado colgaba de la puerta principal, detrás de Oliver.

BENDICE ESTA CASA. PROTEGE ESTA CASA.

Temblando y arrastrando los pies, la señora Marie los llevó al jardín de invierno que estaba a la izquierda y les indicó que tomaran asiento. Había servido café en unas tazas y preparado una bandeja con galletas, y cuando Oliver se sentó descubrió que su taza estaba tibia. Probablemente habría preparado todo una media hora antes, cuando tuvo energía para hacerlo.

—¿Vive aquí sola? —preguntó Oliver, intentando entablar una conversación.

—Sí y no. Mi sobrina viene de vez en cuando. Pasa para ver cómo estoy y eso. Se asegura de que no me haya caído en un cantero y esté durmiendo con las petunias —rió al decir esto y Micah también. Oliver se les unió, inspirado por la risa contagiosa de la mujer. Marie se acomodó en una silla que tenía demasiado relleno, y los dos chicos tuvieron que apiñarse en un sofá de dos plazas antiquísimo en el que habría cabido cómodamente una chica de contextura mediana.

Oliver sostuvo el pequeño platito con las galletas y sus manos le parecieron torpes y gigantescas.

Micah no parecía notar la diminuta vajilla de porcelana ni los extraños olores y estaba totalmente a gusto mientras se ponía al día con los chismes del vecindario. Un vecindario que se extendía por kilómetros, según suponía Oliver.

—Bueno, sé que esta no es una visita de cortesía. Nadie viene hasta aquí solo para

comer galletas —Marie entrecerró sus ojos color café blanquecinos observando a Micah e inclinó la cabeza hacia un lado—. ¿Te estás portando bien? Más vale que no estés en problemas o haré que Sy, que vive aquí cerca, te despelleje vivo.

—Eso es justamente lo que vine a preguntarle, señora —dijo Micah, limpiándose los dedos cubiertos de azúcar impalpable en sus *jeans*—. Oliver y yo hemos estado haciendo algunos trabajos para unas personas de Nueva Orleans —explicó y su acento se volvía cada vez más marcado, como si al pasar por la puerta hubiesen entrado en una parte completamente diferente del estado.

—¿Qué clase de personas? —preguntó Marie, estudiándolos.

Oliver no pudo evitar encogerse y desviar los ojos ante la mirada perspicaz de la anciana.

Pero Micah siguió hablando con tranquilidad, casi alegre.

—Unos cabezas huecas que se hacen llamar Artistas de Huesos. Probablemente sean unos farsantes. Son solo tonterías, pero Oliver se puso nervioso, así que pensé que sería una buena idea verificar...

Micah siguió hablando, pero era obvio que la señora Marie ya no lo estaba escuchando, sino que estaba retrocediendo, encogiéndose contra el respaldo de la silla.

—Tu familia te educó mejor que esto, niño.

—Así que... no son buenos, entonces —instó Oliver. No lo eran, por supuesto, ya lo sabía, pero a juzgar por su reacción, la situación era peor de lo que había esperado. *¿Cómo lo adivinaste, genio? ¿Por los saqueos de tumbas o por los escondites escalofriantes?*

Marie los miró sacudiendo la cabeza una y otra vez. Oliver no podía saber si estaba temblando o si simplemente estaba moviendo la cabeza hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás...

—Cuando era una niña no decíamos esas palabras. No pronunciábamos ese nombre. Si dices ese nombre atraerás todo el mal del mundo.

—Lo que sea que hagan con los huesos... —comenzó Micah.

Pero la anciana lo interrumpió rápidamente, levantando una mano como si con ese gesto pudiera taponar los labios.

—No lo repetiré. No lo diré, no lo haré. Esa gente... son gente mala. Los Artistas de Huesos roban y luego se van, son *ladrones* de cuerpos. Profanadores de cuerpos. Se llevan tus huesos para hacer magia negra. *Brujería*. Su príncipe es amigo de Satanás, te maldice y tu espíritu nunca vuelve a estar bien —fue levantando la voz y luego se quedó repentinamente en silencio. Sacudió la cabeza una última vez, con el ceño fruncido, y los observó, al borde del llanto, como si se los hubiesen llevado muy lejos—. Su espíritu nunca volverá a estar bien.



—Es un poquito religiosa, por si no lo notaste —dijo Micah, al dejar a Oliver de regreso en la tienda esa tarde. Se había inclinado hacia el lado del acompañante, había bajado la ventanilla y le había hecho señas a Oliver, que estaba de pie en la acera—. No debes tomar en serio todo lo que dice, ¿ok? Más que con pinzas, habría que tomarlo con tenazas. Quiero decir... ¿Príncipes? ¿Satanás? Puede que crea en algunas cosas oscuras, pero esto es demasiado.

—Seguramente tienes razón —admitió Oliver, forzando una sonrisa—. Pero aun así...

—No, tienes razón. Retirémonos mientras estamos a tiempo —Micah le hizo un saludo militar y le guiñó el ojo, apoyándose sobre el volante—. ¿Vas a ver a Sabrina esta noche?

—Quizás. Ya es casi hora de cenar. ¿Vas a ver a Diane? —Oliver oyó los inconfundibles sonidos de una sesión de espiritismo detrás de él. Odiaba las noches de espiritismo en la tienda, pero siempre atraían a numerosos turistas.

—¿Realmente tienes que preguntar? —Micah rio, levantando las cejas repetidas veces—. Nos vemos después, amigo, todavía tenemos que celebrar. ¡Déjate de evasivas!

—Solo les estoy dando tiempo de preparar el desfile en mi honor.

Micah soltó una risotada y tocó el claxon de su viejo Chrysler, alejándose por la calle vacía.

Las voces que provenían del interior de la tienda se fueron haciendo cada vez más fuertes, pero Oliver evitó la puerta y se dirigió, en cambio, hacia el apartamento familiar. Su celular vibró en su bolsillo y cuando lo sacó hizo una mueca de disgusto al ver quién era.

La Arpía.

Ya le había dado su respuesta, ¿qué más podía querer?

¿Su respuesta es no? ¿Es su decisión final?, decía el mensaje.

Oliver le respondió escribiendo furiosamente, con los labios fruncidos de rabia. No tenía la menor duda de que debía alejarse de todo eso. Ya mismo. Esa mujer era veneno, y Oliver se rehusaba a ingerir otra dosis.

Mi respuesta es y será siempre no. Déjame en paz.

Estaba a solo unos pasos de la entrada cuando recibió la respuesta de Briony; había contestado tan rápido que Oliver ni siquiera había terminado de guardar el celular en su bolsillo. Era una sola palabra y, por alguna razón, le heló la sangre más de lo que su mirada o su expresión de desprecio jamás podrían.

Lástima.

CAPÍTULO

11

Se despertó de golpe, sobresaltado, con Bon Jovi sonando a todo volumen contra su almohada. Se sacudió, agradecido, por una vez, de que lo arrancaran de sus sueños. De sus pesadillas. Una figura alta y oscura lo había estado observando en sus sueños, desde un rincón de su habitación; había tomado la forma de un hombre, pero era solo su sombra. Lo observaba, esperaba, acercándose más a la cama cada vez que Oliver cerraba los ojos y los volvía a abrir.

Pero ahora estaba despierto y la única sombra que había en su habitación era la del perchero que estaba en el rincón.

SHOT THROUGH THE HEART.

Era el tono de llamada de Micah. Dio torpes manotazos en busca del teléfono, frotándose los ojos, sin poder creer, al principio, lo que marcaba el reloj LED que estaba junto a su cama: 3:26.

AND YOU'RE TO BLAME.

Atendió suspirando, razonablemente convencido de que a su amigo se le había disparado la llamada y que solo escucharía asquerosos sonidos de besuqueos del otro lado de la línea. Pero no, era definitivamente Micah y estaba respirando tan fuerte que se distorsionaba el sonido, dolorosamente alto para los oídos de Oliver que seguía medio dormido.

Su amigo sonaba frenético del otro lado de la línea. Oliver solo lo había escuchado así de alterado una vez, cuando habían trepado una vieja y horrible cerca de alambre en Bywater y Micah se había cortado la palma de la mano con la parte superior. Era evidente que iba a necesitar que le suturaran la herida: su nueva camiseta de los Santos de Nueva Orleans estaba empapada de sangre. Oliver también estaba manchado con la sangre de su amigo pero, de algún modo, mantuvo la calma y logró que Micah pedaleara en su bicicleta de regreso por el vecindario camino a casa. Entonces apareció la abuela del muchacho, fueron al hospital y todo se solucionó.

Oliver no estaba tan seguro de que una llamada telefónica o un hospital pudieran solucionar esto. Podía oír un chisporroteo y pequeños estallidos de fondo, su amigo apenas podía respirar y resollaba contra su celular.

—¿Ollie? Ollie, oh, rayos, lo siento tanto —dijo—. Lo siento, lo siento tanto, tanto...

—¿Lo sientes? ¿Qué quieres decir? Espera, más despacio, amigo, ¿qué sucedió? ¿Te encuentras bien?

Lágrimas. Lágrimas de verdad. Esa era la primera vez que Micah había llorado, no, no solo llorado, sollozado. Se oían sirenas a la distancia, que se iban haciendo más fuertes, por encima de los sollozos agitados de su amigo.

—Cálmate, ¿está bien? Cálmate y dime qué sucedió. ¿Necesitas que haga algo? ¿Hay algo...? ¡Maldición, Micah, solo dime cómo puedo ayudar!

Oliver escuchó que Micah respiraba profundamente, estremeciéndose, luego sollozó de nuevo y respiró más hondo esta vez. Las sirenas ya se cernían sobre él, lo que significaba que pronto tendría que lidiar con la policía o la ambulancia o lo que demonios fuera.

—Es Diane —susurró Micah—. Va a estar bien, creo... Creo... Espero... ¡Oh, Dios; oh, Dios, por favor, Oliver, por favor! El otro conductor... no sé. No sé si están bien. Si están aquí. No puedo ver nada. El hospital. Necesito un hospital.

Se cortó la comunicación.

—¿¡Qué?! —Oliver lanzó un alarido, golpeándose la frente con la palma de la mano—. No... ¡No, no, no! Eres un maldito idiota, Micah. ¡Imbécil! No puedes simplemente cortar, no puedes hacer eso.

Lo llamó. No hubo respuesta. Volvió a llamar. Nada. Entonces llamó a Sabrina, temblando, sabiendo que no le agradaría lo que iba a escuchar del otro lado. Pero cuando su novia atendió, Oliver solo oyó el sonido de sábanas deslizándose.

—¿Ho-hola?

—¿Cariño? ¡Cariño! Despierta. Tienes que levantarte ahora mismo —su voz sonaba cada vez más aguda y ronca. Oliver estaba aterrado. ¿Qué demonios se suponía que debía hacer?—. Ha habido un accidente —dijo, mientras salía de la cama a los tumbos y buscaba sus *jeans* en la oscuridad—. Estoy yendo a buscarte.

Al final, Oliver estaba demasiado nervioso como para conducir. Su padre se había despertado con el alboroto, le había arrancado las llaves de las manos y lo había obligado a esperar mientras se ponía lo suficientemente decente como para ir a lo de Sabrina y luego al hospital.

Oliver se acurrucó en el asiento del acompañante, hablando por teléfono con Sabrina hasta que llegaron a su casa. Entonces, se sentó atrás con ella y escuchó cómo Nick Berkley llamaba serenamente a diferentes hospitales hasta que descubrió dónde estaba Micah.

Todo era confuso. Se sentía aturdido. Lo único constante era el sonido de la voz reconfortante de su padre y la mano fría y húmeda de Sabrina apretando la suya.

Observó la parte de atrás de la cabeza de su padre mientras trotaban por los pasillos del hospital, buscando, buscando... ¿Cómo podía mantenerse tan sereno? ¿Oliver llegaría a ser así alguna vez? ¿Acaso los adultos simplemente se despertaban un día con la habilidad de mantener la calma cuando todo se estaba yendo al demonio?

Oliver detestaba las luces de neón blancas y enceguecedoras del hospital, y ese olor horrible y dulzón. Tuvo ganas de reír al recordar a Micah sosteniéndole la mano cuando tuvieron que suturarlo y a los dos contando chistes para que su amigo no se volviera loco al ver tanta sangre.

Nadie estaba contando chistes esta vez.

Encontraron a Micah en una sala de espera vacía, extrañamente calmado mientras un torbellino de actividad tenía lugar en la sala de operaciones que estaba al final del pasillo. Las puertas estaban cerradas y no permitían entrar a nadie, pero por la forma en que Micah observaba atentamente, demasiado atentamente, el pasillo, Oliver supo que algo malo había pasado. Sabrina se separó de él y corrió hacia Micah, lo tomó de los hombros y comenzó a sacudirlo.

—¿Dónde está? —le preguntó entre dientes, escudriñando su rostro—. ¿Dónde está Dee?

—No pude hacer nada —murmuró Micah con la mirada vacía. Tenía una venda en la frente, lo suficientemente grande como para ocultar un corte importante, y en sus mejillas habían comenzado a aparecer moretones. Un leve aroma a *whisky* flotaba a su alrededor y se intensificaba con cada exhalación profunda—. El conductor... apareció de la nada. No pude detenerme. Ni siquiera estaba yendo rápido, pero simplemente... apareció de la nada.

—Dónde. Está. Diane.

Sabrina le dio una bofetada, no muy fuerte, pero lo suficiente como para que Oliver y su padre la alejaran de Micah. El golpe pareció despertarlo, su mirada se enfocó rápidamente y sus ojos se fijaron en Sabrina.

—Está herida —murmuró Micah, con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados—. Está muy malherida.

Esa no era la historia completa. Se la fueron sacando poco a poco, mientras las enfermeras iban y venían corriendo por detrás de ellos. Oliver no quería pensar en lo que eso significaba. El rostro de Micah estaba ceniciento. Había visto algo, algo terrible.

Y su aliento a alcohol... Oliver echó una mirada hacia el pasillo que conducía de regreso a los elevadores, convencido de que la policía aparecería en cualquier momento para interrogar a Micah.

La historia fue tomando forma poco a poco. Estaban regresando a la casa de Diane en el auto, quizás un poco más rápido de lo normal. Se les había hecho tarde y a Micah le preocupaba disgustar a la familia de la muchacha. A ella no le importaba, lo estaba pasando bien. Iban por el puente hacia la ciudad y un auto apareció de la nada, los alcanzó y luego viró bruscamente, golpeando la puerta del lado del conductor antes de que Micah pudiera reaccionar. Su auto había chocado contra la barandilla de seguridad, luego había patinado y derrapado pero no cayó al agua. Eso había sido un milagro. Para cuando se detuvieron, Micah casi no podía moverse. Tenía el airbag contra la cara. Sonaba el claxon. Algunos curiosos disminuían la velocidad para ver qué había pasado. Para ayudar. Estaba demasiado aturdido para recordar la matrícula del otro auto, o siquiera el color.

Y lo peor era que Diane estaba en silencio. Había gritado, una vez, al chocar y después nada.

En ese momento, Sabrina cayó de rodillas al suelo. Oliver sabía lo que estaba

pensando porque él pensaba lo mismo. La tomó entre sus brazos y sus lágrimas tibias e incesantes le humedecieron la camiseta. El suelo duro le lastimaba el coxis pero no le importó; permaneció allí, sentado, abrazándola.

Entonces comenzó a llegar la familia de Sabrina y, poco a poco, fueron alejándola e interrogándola. Y, uno a uno, comenzaron a observar a Micah como si fuera una cucaracha. Como si todo fuera su culpa.

Oliver se quedó de pie junto a su padre y su amigo, en silencio. De vez en cuando, Nick abría la boca para llenar el vacío o para ofrecerse a buscar café para todos. Era como si no hablaran el mismo idioma, como si nada de lo que decían tuviera sentido. ¿Dónde se ponen los pies cuando el mundo no deja de dar vueltas? ¿Qué se dice cuando una chica está muriendo al final del pasillo?

Una enfermera entró a la sala de espera. Sabrina y su familia se arremolinaron alrededor de ella, como era de esperar, y Oliver se acercó para acompañarlos, pero se detuvo cuando el celular sonó dentro de su bolsillo. Había olvidado por completo que lo tenía. Estaba tan aturdido que ni siquiera se preguntó quién podría ser a esa hora, ni se molestó en ver quién era el remitente antes de abrir el mensaje y quedarse mirándolo fijamente.

No podía oír lo que estaba diciendo la enfermera. No quería escucharlo, no necesitaba escucharlo.

Mis condolencias, decía el mensaje. Briony.

Al final del pasillo, las puertas del elevador se abrieron con un tintineo. A Oliver le tomó un momento enfocar la vista, confundido. Justo como lo había pensado: habían llegado los oficiales, eran dos, y se dirigían con pasos largos hacia ellos, con la mirada decidida y fija en Micah.

CAPÍTULO

12

Dormir era solo una fantasía remota. De todos modos, Oliver no podía siquiera imaginar meterse en la cama; estaba acelerado y exhausto a la vez. No podía apagar su cerebro, no ahora, no cuando iba a pasar el resto de esa horrible noche en una estación de policía.

Oliver se separó de Sabrina y su familia para ir con su papá a la estación de policía. La fachada del edificio era alta y puntiaguda, de ladrillos rojos, y le recordaba a una antigua escuela. El flujo de gente que entraba y salía de la estación era rápido y energético a esa hora, pero los civiles a los que acarreaban parecían estar en diversos grados de ebriedad, algunos entrando a la jaula de los borrachos y otros saliendo.

Micah estaba entre ellos.

No, era peor que eso. Micah no estaba que se caía de borracho, ni arrastraba las palabras, pero estaba lo suficientemente entonado o cansado como para no tener que estar ni cerca del volante de un auto. Y había estado detrás de uno y Diane había estado con él. *Idiota.*

—Tú lo has dicho —coincidió su padre.

Había dicho eso último en voz alta, aparentemente.

Oliver sacudió la cabeza, se encorvó hacia delante y arrastró los pies hacia el interior de la estación con su papá, consciente de que Micah estaba en algún lugar allí adentro.

—Quizás debería haberme quedado en el hospital.

—Sabrina tiene familia; Micah no.

—Sí, aun así... No sé si se merece que estemos aquí.

—Tus amigos no dejan de ser tus amigos en el instante en que cometen un error.

Oliver asintió con la cabeza.

—Claro, por supuesto. Dijo que había sido culpa de alguien más, que otro conductor había intentado sacarlo de la carretera —pensó en el mensaje de Briony y se estremeció. Adentro de la estación de policía hacía un frío polar, el ruidoso aire acondicionado estaba al máximo para combatir la humedad del exterior—. Pero supongo que diría eso, dado que... *Idiota.*

—Ollie...

—No, papá, esta no es la primera vez que comete un error. Confía en mí.

Un oficial con el uniforme arrugado y manchado de café les indicó cómo llegar a la sala de espera. Cuando le preguntaron acerca de Micah, se encogió de hombros. No, no sabía cuándo saldría. No, no podían verlo. Sí, habían contactado a un abogado para que lo representara. Sí, eran libres de esperar.

Oliver caminaba de un lado al otro y su padre lo observaba bajo las fuertes luces.

—Tienes todo el derecho a estar enojado, lo que hizo...

—No es solo esto. Es... —las mentiras, los saqueos de tumbas y ahora *esto*—. Diane está muerta, papá.

—Lo sé.

—Por *su* culpa.

—También lo sé.

—Y puede que haya estado borracho. ¡Por Dios! —Oliver lo planteó como una *posibilidad* solo por el bien de Micah. Quizás habían estado bebiendo más temprano esa noche y el alcohol se le había derramado encima. Tal vez había una botella en el auto y se había roto en el choque. Había montones de posibilidades que podían ser verdad, pero el nudo en el estómago de Oliver le decía que ninguna lo era en realidad. Dejó de caminar y se volvió para mirar a su padre, mordiéndose el interior de la mejilla—. Si alguien es una carga para ti, ¿cuánto tiempo debes aguantarlo? ¿Y si te está hundiendo a ti también?

La respuesta de su padre fue interrumpida por voces apagadas que provenían del final del pasillo. Oliver se dio vuelta y comenzó a trotar hacia la recepción, pasando delante de un dispensador de agua y una máquina de café. Divisó el cabello oscuro y desaliñado de Micah por encima del hombro de un hombre bajo y compacto con un traje elegante. Eran más de las cinco de la mañana, ¿cómo era posible que alguien se viera tan presentable a esa hora?

Escortado por oficiales, Micah estaba sonriendo, conversando y riendo con el tipo del traje, cuyo maletín y lentes sofisticados decían fuerte y claro que se trataba de un *abogado*. No solo un abogado, un abogado caro. Oliver no podía imaginar dónde habría encontrado el dinero para pagar el anticipo de alguien así.

—¡Ollie! —Micah se animó en el instante en que vio a Oliver y sus cejas se elevaron por encima de sus lentes—. No tenías que venir hasta aquí. Quiero decir, me alegra que lo hicieras. Es agradable tener a alguien que me acompañe.

El abogado resopló suavemente al oír eso. Los oficiales se alejaron, los dejaron en la sala de espera, y el padre de Oliver se mantuvo apartado.

—Creí que estabas perdido —dijo Oliver, aliviado a pesar de sus dudas—. Pero sabía que no estabas borracho. Tú no eres así. Sabrina va a... es decir, sigue muy enojada, claro, pero no fue tu culpa.

Micah frunció los labios y bajó la mirada.

—Oye, no hay una forma fácil de decir esto, hermano, pero...

—Pero mi cliente es lo suficientemente inteligente como para no explayarse respecto al tema —interrumpió antipático el abogado, observando a Micah con los ojos entrecerrados—. Tal como lo acordamos.

—Claro. Tal como lo acordamos —Micah se encogió de hombros como diciendo:

¿Qué le vamos a hacer? y le dirigió una sonrisa avergonzada a Oliver, rascándose el mentón peludo—. Tú entiendes.

¿Entender? ¿*Entender*?

Oliver se estremeció, abriendo y cerrando la boca hasta que se le ocurrieron las palabras correctas, o al menos algunas de ellas.

—Espera un momento, ¿estás diciendo que *sí* estabas borracho y te subiste al auto con Diane?

—No está diciendo nada —respondió el abogado, tomando a Micah de la mano y arrastrándolo hacia la recepción—. Debemos hacer los trámites para tu liberación, Micah, y esta conversación ha terminado.

—Micah...

—Todo va a estar bien —dijo Micah, con otra sonrisa avergonzada que desapareció rápidamente. El abogado lo alejó a la fuerza, pero el joven miró por encima de su hombro, observando a Oliver mientras se escabullía—. Dile a Sabrina que lo siento, ¿sí? Dile que... dile que se lo compensaré de alguna manera.

CAPÍTULO

13

¡Libre!

Era el primer mensaje que recibía de Micah en meses, lo cual era comprensible, dado que había estado encerrado en un correccional de menores durante todo el verano. Oliver se quedó mirando fijamente su celular, sin poder reaccionar, dando golpecitos con el pie debajo de la mesa. La hora pico del almuerzo ya había pasado en la tienda de sándwiches, el bullicio de la gente que hablaba, reía y masticaba había ido aumentando y luego disminuyendo mientras Oliver aguardaba a su padre. No había esperado recibir un mensaje de Micah, pero nada acerca del tiempo que su amigo había pasado en el correccional había tenido mucho sentido para Oliver.

No se había llevado a cabo ningún juicio. Micah se había declarado culpable y se lo habían llevado, pero Oliver sabía que debería haber cumplido una condena más larga. Primer delito. Buen comportamiento. Podía imaginar las respuestas que le daría Micah aun antes de hacer las preguntas.

Me estoy quedando con Abue en Shreveport. ¿Nos vemos pronto?

Oliver no respondió. No sabía qué decir. Todos los buenos recuerdos que tenía de la abuela de Micah y su increíblemente delicioso gumbo ahora estaban arruinados. Sabrina estaba haciendo terapia dos veces por semana, y Oliver había comenzado a preguntarse si no debía ir con ella.

Descartó el mensaje de Micah y, en cambio, revisó si había recibido noticias de su padre. Su rodilla comenzó a rebotar más rápido mientras echaba un vistazo alrededor de la tienda: el mostrador, las sillas, la puerta trasera y la acera, afuera. Una hora de retraso no era extraño para su padre, pero le había enviado un solo mensaje mencionando que estaba atrasado.

—Entiendo —murmuró Oliver, pasándose las manos por el cabello y la lengua por la cicatriz del labio, nervioso—. Me está castigando. Muy maduro de tu parte, papá.

A su padre no le gustaba mucho la idea de que Oliver se fuera a la UT en Austin y eso era un ítem más en la lista de cosas espantosas de ese verano. No bien le había dado la noticia, su padre se había vuelto distante y había comenzado a reducir las horas de Oliver en la tienda cada vez más, o bien para prepararse para la inminente separación, o para hacerle la vida más difícil a Ollie, quien había entendido la indirecta y había conseguido otros trabajos, arreglando los autos de sus amigos y aferrándose desesperadamente pero con culpa al dinero que había ganado ayudando a Briony.

A veces, el impulso de mandarle un mensaje y pedirle trabajo quebraba su voluntad de nunca más volver al lado oscuro. Pero cada vez que estaba por ceder, recordaba el mensaje de texto que había recibido tras el accidente.

Briony estaba implicada de algún modo. ¿De qué otra forma podría haberlo sabido tan pronto? Micah podía haber estado borracho y ser un estúpido, pero Oliver creía firmemente que alguien más había estado involucrado.

La camarera pasó lentamente junto a su mesa una vez más y puso los ojos en blanco cuando Oliver le dijo que seguía estando bien solo con agua helada. Hacía mucho que había terminado el brownie que había comprado para comer mientras esperaba a su padre. Se estaba volviendo evidente que él no se iba a presentar. Un último almuerzo juntos en agosto antes de que comenzaran las clases, ¿era demasiado pedir?

Lo era. Definitivamente lo era cuando Oliver pensaba abandonar el negocio familiar y Nueva Orleans.

El celular saltó en sus manos y Oliver lo sujetó torpemente con más fuerza para no dejarlo caer. Vio el rostro sonriente de su padre en la pantalla mientras sonaba antes de ponerlo contra su oreja.

—¿Me estás dejando plantado? —dijo Oliver riendo para intentar suavizar una acusación muy real—. Eso no está bien.

De pronto oyó estática muy fuerte del otro lado y alejó rápidamente el celular de su cabeza. Cuando la interferencia disminuyó pudo escuchar una voz incoherente a través del ruido.

—Tienes muy mala señal. ¿Estás en el auto o pasando por debajo de un puente o algo?

—...

—¿Papá? ¿Hola? Vuelve a llamarme, a ver si eso ayuda...

—... el puente...

Su voz apenas se oía, era un susurro y Oliver podía escuchar dolor en ella.

—¿Papá? ¿Estás bien? ¿Dónde estás?

—Los vi... —respiraba con dificultad—. Los vi seguirme.

La llamada se cortó tras unos segundos de respiración y después solo hubo silencio.

Oliver empujó la mesa ignorando las miradas que recibió y corrió hacia la puerta mientras trataba de llamar a su padre. No hubo respuesta. Intentó de nuevo, maldiciendo, mientras salía atropelladamente de la tienda hacia la humedad sofocante de agosto. Había nubes bajas y oscuras que se cernían sobre la ciudad y la quietud absoluta del aire presagiaba lluvia.

Una sirena comenzó a sonar en la distancia, en algún lugar hacia la izquierda de Oliver, mientras intentaba llamar otra vez a su papá. Esta vez alguien contestó e inmediatamente cortó la comunicación. El sonido de la sirena sonaba más fuerte a medida que se iba acercando y los autos, poco a poco, disminuyeron la velocidad y se detuvieron para que una, luego dos y después tres patrullas de la policía pasaran volando. Oliver corrió a toda velocidad hacia su auto. Tenía las palmas de las manos resbaladizas por el sudor frío. Con dificultad, hizo marcha atrás y luego maniobró por las calles obstruidas por autos detenidos.

Se apoyó sobre el claxon, con la mandíbula apretada, haciendo caso omiso de los conductores que bajaban sus ventanillas para gritarle mientras pasaba zigzagueando temerariamente. El puente. Si su papá estaba volviendo de entregar antigüedades fuera de la ciudad, entonces, Oliver podía apostar qué camino de regreso había tomado. Las patrullas que avanzaban a toda velocidad iban abriendo un camino a través del tránsito y el muchacho las seguía lo más cerca que podía, volando a través de intersecciones inmóviles y semáforos. No había nada por delante de él excepto su padre, en algún lugar, susurrando con voz suave y dolorida.

Un último almuerzo antes de que Oliver partiera a la universidad, una tarde cordial entre padre e hijo, ¿era demasiado pedir al universo?

Perdió la noción de los minutos mientras conducía con una mano y marcaba el número de su padre reiteradamente con la otra. Se inclinó sobre el volante cuando las nubes amenazadoras se abrieron y la lluvia comenzó a golpear el parabrisas. Los edificios y vecindarios dieron lugar a un espacio abierto y, poco a poco, fue apareciendo el puente bajo las nubes negras. Estaba cerca.

El puente. Los vi seguirme.

CAPÍTULO

14

Oliver condujo hasta llegar lo más cerca que pudo y se detuvo a menos de un kilómetro de la intersección con el puente. Los automóviles se amontonaban obstruyendo el camino mientras Oliver observaba, haciendo caso omiso del oficial que, de pie bajo el aguacero, les indicaba con las manos a los conductores que dieran la vuelta. Un grupo de patrullas comenzaron el proceso de cerrar el tránsito en dirección al puente, impidiendo que los automóviles siquiera se acercaran a ese carril.

Oliver estaba conteniendo el aliento desde antes de apagar el motor. Detrás de los autos que obstruían el camino divisó los restos de una vieja camioneta blanca. Había quedado aplastada contra un lado del puente y una de sus ruedas estaba colgando precariamente en el aire, a solo un empujoncito de distancia de caer al lago.

Oliver estacionó en cualquier lugar y dejó la puerta abierta al salir del auto, secándose la lluvia que mojaba sus ojos solo como una formalidad, solo porque necesitaba poder ver. Se encendieron balizas en la carretera, que parecían fuegos rojos de neón sobre el pavimento, pero que no lograban disolver la oscuridad creada por las nubes de lluvia. El oficial que dirigía el tránsito no vio a Oliver acercarse a la cinta amarilla de precaución. Oliver pasó por debajo y su calzado deportivo chocó contra restos del accidente y trozos cristalinos de vidrio que brillaban, reflejando la luz roja de las balizas.

Su mente lo engañó, haciéndole pensar que se trataba de otra camioneta blanca. Claro que era otra. Nada era seguro hasta que lo era. Nada podía convencerlo de que era la camioneta de su papá hasta no tener pruebas irrefutables. Se trataba solo de una coincidencia hasta que fuera una tragedia. Pero aun así no podía respirar. Su corazón sabía lo que su mente se rehusaba a aceptar.

—Ey, oye, chico, tienes que regresar a tu vehículo y dar la vuelta —lo interceptó una oficial delgada con ojos grandes, como de vaca, mirada comprensiva y cabello amarillo. Se agachó y lo miró más de cerca—. Oiga, ¿señor? ¿Puede oírme? ¿Escuchó lo que dije?

—Mi papá —murmuró Oliver, con la mirada fija más allá de la oficial—. Esa... Esa es la camioneta de mi papá.

—¿Cómo? ¿Estás seguro de eso? —se volvió para echar un vistazo a la camioneta y entonces la ambulancia y el camión de bomberos se estacionaron horizontalmente atravesando el carril—. Necesito ver algún tipo de identificación.

Oliver sacó su dinero del bolsillo de sus *jeans* y se lo entregó a la oficial. Le dio sus llaves. No confiaba en que sus manos pudieran sostener nada de todas formas. La oficial lo soltó y Oliver siguió caminando hacia delante, como si no pudiera controlar su propio impulso, como si la camioneta retorcida lo estuviera atrayendo. Algo se le pegó en el zapato. Oliver sacudió la pierna pero no se despegababa. Se detuvo y vio como tres bomberos empapados cortaban y arrancaban la puerta doblada de la camioneta.

¿Cómo llamaban a esa herramienta? ¿Cizalla?

Oliver vio una mano pálida y laxa que se deslizó sobre lo que quedaba del asiento del

acompañante. Las balizas chisporrotearon. Las sirenas a su alrededor parpadeaban sin parar y teñían la mano de azul y luego de rojo. La oficial que estaba detrás de él gritó en su radio, pidiendo ayuda, más ayuda, más asistencia, por el amor de Dios, el hijo del tipo había aparecido y ¿podían ayudarla de una maldita vez?

Alguien lo tomó del brazo y lo jaló hacia atrás. Era la misma oficial.

—Es mi papá —dijo Oliver, haciendo fuerza hacia adelante—. ¡Es mi papá!

Oliver entró en pánico, pero la oficial era fuerte y no lo dejó avanzar. Enseguida, dos oficiales más corrieron hasta allí para ayudarla y lo sujetaron, mientras los paramédicos se acercaban a toda prisa a la camioneta con una camilla esperándolos más atrás.

Ya ni siquiera sabía lo que estaba gritando, solo que lo estaba haciendo. No sabía qué era lo que estaba viendo, solo que se estaban llevando a su padre hecho pedazos.

Lo alejaron a la fuerza. Estaba empapado y congelado, pero no podía sentir nada. Tenía la garganta irritada de tanto gritar y cuando lo sentaron en la parte de atrás de una ambulancia abierta, con una manta color café seca sobre los hombros, ni siquiera pudo sujetar los bordes de la tela con sus dedos temblorosos.

—¿Cómo supiste que estaba aquí? —le estaba preguntando un oficial con tono suave.

Todos estaban siendo sumamente amables con él ahora que había dejado de gritar.

Oliver no respondió. ¿Qué importaba? No había podido salvar a su papá y le parecía inútil considerar las razones. Cambió de posición y su calzado deportivo raspó el pavimento. Seguía teniendo esa maldita porquería pegajosa en el pie. De pronto, eso era lo único digno de su atención. ¿Cómo se atrevía? ¿Cómo se atrevía a molestarlo en ese momento? ¿Cómo se atrevía cualquiera a tocarlo o hablarle o mirarlo o preguntarle nada?

Se inclinó y buscó a ciegas bajo su calzado. Arrancó la cinta adhesiva con un movimiento violento de su muñeca. Estuvo a punto de arrojarla, pero su color verde oscuro le recordó algo. Desenrolló la tira de plástico rasgada y se quedó mirándola fijamente. Era una calcomanía de las que se pegan en los paragolpes de los autos.

Otra vez no podía respirar y sentía que el frío y la lluvia y la oficial que le estaba tocando el hombro estaban a millones de kilómetros de distancia.

ORGULLOSO PADRE DE UN ESTUDIANTE DISTINGUIDO

Le sonó el celular en el bolsillo; era lo único que no le había entregado a la oficial para que lo cuidara. La oficial suspiró y se alejó, dándose por vencida ante el silencio aturdido de Oliver. Una vez que la mujer estuvo lejos, Oliver sacó el teléfono al darse cuenta de que probablemente debía llamar a Sabrina, a Micah o a cualquiera que pudiera ayudarlo a comprender lo que había pasado.

Había borrado el número, pero reconoció el extraño código de área. Briony.

Vuelve a trabajar para nosotros, Oliver. Tu deuda no está saldada.

CAPÍTULO

15

Sabrina se había quedado dormida hacía horas. Por su bien, Oliver la había dejado creer que él también. Ella le había hablado de las pequeñas cosas que la consolaban y de cómo eso la había ayudado tras la muerte de Diane. Una taza de té tibio. Un baño caliente. Una cama conocida. Su hogar. Sus amigos. Él la había dejado hacer todas esas cosas y los dos habían terminado abrazados viendo *El pirata y la princesa* una y otra vez hasta que los dos se quedaron dormidos.

Bueno, Sabrina se había quedado dormida. Oliver observaba fijamente la película sin sonido mientras los actores movían los labios articulando frases que él sabía de memoria.

Mataste a mi padre. Prepárate para morir.

Al menos las lágrimas habían dejado de caer. Oliver nunca se había percatado de que una persona podía seguir llorando y llorando, sin emitir ningún sonido ni nada, solo con lágrimas implacables provocadas por las cosas más pequeñas y estúpidas. El llanto estuvo a punto de desencadenarse nuevamente cuando tomó su teléfono casi sin batería y salió con cuidado de debajo de la manta que los cubría a él y a Sabrina, que roncaba suavemente mientras Oliver marcaba otra vez el número de Micah. Su registro de llamadas de las últimas tres horas mostraba ese único número.

¿Dónde demonios se había metido ese chico? ¿Por qué había decidido desaparecer precisamente ahora? Micah había abandonado a los Artistas de Huesos y a Briony tanto como Oliver y ahora él creía con todo su ser que a su amigo lo habían sacado intencionalmente de la carretera, igual que a su padre.

Oliver casi gritó, impactado, cuando el otro lado de la línea cobró vida y pudo escuchar la voz semidormida de Micah.

—¿Micah? ¡Por Dios, hermano, he estado intentado ponerte en contacto contigo toda la noche!

—¿Qué? ¿Qué es...? ¿Está todo bien? —sonaba más despierto, al menos.

—Es mi papá —eso fue todo lo que logró decir. Las lágrimas comenzaron a caer nuevamente, y Oliver las ahogó en el cuello de su camiseta, tratando de no despertar a Sabrina—. Su camioneta. El puente. Es igual que... es igual que como dijiste que te pasó a ti.

Micah respiraba agitadamente del otro lado.

—¿Podemos encontrarnos en algún lugar a hablar de esto?

—¿Qué? *No*. No, es... No puedo pensar en conducir a ningún lado. Estoy con Sabrina —cerró los ojos con fuerza y se quitó de encima el resto de las mantas; de pronto, tenía demasiado calor. Sintió pequeños pinchazos en los brazos—. Recibí un mensaje de Briony —siseó—. Más de uno. El primero después de tu accidente y otro hoy. No es una coincidencia, Micah. Me están observando. Nos están observando.

Su amigo soltó una fría carcajada.

—Eso es una locura, Ollie. Es... Eso terminó hace meses.

—Quizás para ti —dijo Oliver entre dientes—. ¿Briony no te ha enviado mensajes? ¿No te ha amenazado?

—No sé qué decirte, hermano.

—No me vengas con esa *mierda* —hizo un gesto de dolor y bajó la voz nuevamente—. Esa no es una respuesta. Mi papá está muerto. Diane está muerta. ¿Qué demonios te sucede?

—¿A mí? A mí no me sucede nada. Maldición. Estoy despertando a Abue con esto. Te llamo mañana.

—Micah, espera...

—*Dije que te llamaré.*

Oliver se quedó con el teléfono pegado a la oreja por un momento, atónito. Nunca había escuchado que su amigo le hablara con ese tono. Cruel. Indiferente. Lo había lastimado. Oliver bajó el teléfono, llevando la mirada desde la silueta acurrucada de Sabrina hacia los bolsos marineros abiertos y a medio empacar que estaban en un extremo de la habitación. En la mañana los desempacaría. No podía irse ahora y quizás nunca podría hacerlo.

CAPÍTULO

76

Ollie:

Sé que han pasado algunos días desde que te dije que te llamaría. Ok, mejor dicho, algunas semanas, pero necesitaba tiempo. Y creo que tú también. Pero he estado pensando en ti y en tu papá, y quería decirte cuánto lo lamento y que sé por lo que debes de estar pasando. Es horrible sentirse solo. Y es peor sentir que estás solo por culpa de algo que hiciste o dejaste de hacer.

No te estoy enviando este *e-mail* para decirte cómo vivir tu vida, pero a mí me ayudó seguir adelante. El reformatorio fue una mierda al principio, pero luego me di cuenta de que podía no serlo. Podía ser cualquier cosa que yo quisiera que fuera. Así que bajé la cabeza y trabajé duro y gracias a eso hice amigos en los lugares adecuados. Buen comportamiento. Eso es todo lo que se necesita: en la vida, en el trabajo, en el reformatorio, en todo.

Me enteré por ahí de que no irás a Austin. Estás cometiendo un error. Ollie, tienes que seguir adelante. Es lo único que me ayudó. Mira, yo decidí seguir adelante, ¿ok? Parte de eso significa aceptar la verdad. Y la verdad es que estaba borracho y fui irresponsable esa noche con Diane, y ella murió a causa de eso. Tengo que cargar con eso y lo acepto. No sé cómo fue que tu papá terminó en ese choque, pero fue un accidente y eso fue lo que lo mató. Los errores ocurren. Los accidentes ocurren. Tienes que dejar de aferrarte a toda esa historia de la conspiración. A veces, es difícil simplemente aceptar que la vida no es justa y que el mundo es un lugar jodido.

Pero también puede ser un lindo lugar. Cielos, voy a ir a la universidad. ¡Yo! ¿Puedes creerlo? Y es una buena además. El decano de una universidad elegante de New Hampshire se puso en contacto, escuchó algunas cosas buenas acerca de mí de un antiguo jefe. ¿Ves? Pueden sucederte cosas buenas, Ollie, y será así. Yo puedo ayudarte a que te sucedan si quieres, pero sé que seguramente sigues dolido y está bien.

Piensa en lo que dije, ¿sí?

Te extraño, hermano.

Cuídate, Oliver.

Micah

AGRADECIMIENTOS

Esta novela corta no habría sido posible sin la inspiración y los consejos de Andrew Harwell. Agradezco también a Kate McKean y Olivia Russo por todo su arduo trabajo, y a la familia Wilder en Frankfurt por mostrarme todas las localidades embrujadas para que me inspirara.

Claudia Gray me proporcionó datos valiosos acerca de los lugares frecuentados por los residentes de Nueva Orleans.

Como siempre, el equipo creativo y HarperCollins merecen millones de agradecimientos.

Y, finalmente, nada de mi trabajo existiría sin el constante amor y apoyo de mi familia y mis amigos.



MADELEINE ROUX (Minnesota, EE.UU., 1985). Recibió su licenciatura en Escritura Creativa y Actuación en Beloit College en 2008. En la primavera de 2009, Madeleine completó un plazo de Honores en Beloit College, escribiendo y presentando una novela histórica de ficción de larga duración. Poco después, comenzó el blog de ficción experimental *Allison Hewitt Is Trapped* que se extendió rápidamente por toda la blogosfera, trayendo una experiencia ficción de serie única para los lectores. Nacida en Minnesota, ahora vive y trabaja en Wisconsin, donde disfruta de la cerveza local y la preparación para el apocalipsis zombi eventual e inevitable.